

UN LIBRO DE FERNANDEZ SHAW



D. CARLOS FERNANDEZ SHAW

LA VIDA LOCA La actualidad literaria nos brinda con un libro de versos de un insigne poeta. No como labor crítica, que el tiempo y el espacio nos vedan, sino como noticia bibliográfica vamos a dedicarle cuatro renglones:

Acaso haya el autor bautizado su libro presa de la obsesión del desequilibrio, que no existe ni puede existir en un cerebro aun joven, que piensa tan bellamente, y, según se lo propone, á las veces nos conmueve con sus melancolías delicadas ó nos deleita, trayéndonos la risa de unas lindas tonadas bucólicas ó una visión luminosa y alegre de su tierra: la de la luz y la alegría.

El poeta de *La vida loca* marca una nueva orientación en los derroteros de Fernández Shaw, tan amargo y triste y desolado en *Poesía de la Sierra*. Clamaba en este libro por su salud perdida en horas de hondos pensamientos, quizá de dolores infinitos, de trabajos sin tasa, y hoy, en sus nuevos versos, aunque á menudo saltan notas de quejumbre y desaliento, corre por casi todas las poesías un aroma de optimismo confortador y de consuelo.

Por la composición, el asunto y el estilo diversos, es el libro de una complejidad extraordinaria, que, acreditando la pericia del vate en todos los campos de la poesía, viene á perjudicar á la unidad y desorienta un poco en la lectura. Pero ello sirve, á no dudar, para la justificación del título. Todas las vidas son locas, y, si estos versos pretenden ser la historia de una vida, bien haya su desorden y su construcción heterogénea y vaga, que es la prueba mejor de tan raro acierto.

Después de *La tarde loca*, una rima breve á modo de proemio, donde el autor resume el espíritu de su libro, divídese éste en once secciones. En todas se observa, desde luego, una rima de construcción perfecta—condición muy olvidada en los días de hogaño—un léxico es-

cogido, donosamente sonoro, con mucho color y mucho fuego. El poeta doliente aparece más sincero que el reidor y llega á la suprema verdad en las frecuentes descripciones de paisajes y marinas, pues la característica de este poeta—como la del novelista Blasco—es una clarísima visión de la Naturaleza.

En la primera parte—*Mocedades*,—formada con antiguas composiciones no coleccionadas, resalta una desigualdad marcadísima. En un mismo soneto—*Viernes Santo*,—tras la premiosidad de los cuartetos, surge el último terceto en los más altos vuelos de la inspiración:

*¿Es la Madre de Dios, que al cielo implora
ó es la infeliz Humanidad, que llora
sobre la Cruz, por su Ideal que ha muerto?*

En *Cantos y canciones*, segunda de las secciones subdivisoras, es donde más claramente se destaca la jovialidad del poeta, ya curado, bajo la luz del sol, fuente de toda alegría, de toda salud. Sobresalen de estas composiciones las tituladas *Canto á mi tierra* y *¡Oh, sabrosos recuerdos!*—dedicadas á los vergeles de Andalucía, con hermosas añoranzas de la juventud—*A media voz*—madrigales amorosos muy justos y bien entonados—y, especialmente, *La maja de los sainetes*, por la cual desfilan en cabalgata de mucho colorido, todos cuantos—artistas ó poetas, majas ó damas, chisperos ó petimetres, lechuguinos ó botilleros,—honraron la manolera matritense.

In memoriam es una elegía muy delicada, en dos breves composiciones de singular ternura.

Tragedias para reir intitúlase la sección cuarta y se compone de tres imitaciones de diferentes estilos. Ni á la rima, ni á la justeza de la copia se puede poner pero. No obstante, por la poca sinceridad que acusan, son las poesías más flojas del tomo.

Las horas negras es el título genérico de *La copia lejana*, *A Enrique Mesa* y *La obsesión*

de las campanas. Las tres son acabadas, grandiosas, magníficas. A este humilde cronista el han parecido de lo mejor del libro, acaso porque en su alma se oculte un sentimental.

En los *Poemas rústicos*, se abrillantan con luminosos matices las dotes inapreciables de paisajista que hemos hecho notar en el poeta. *La santa paz*, donde el autor empieza evocando á Baltasar de Alcázar é imitando su modo de hacer, tiene la agilidad, la picardía y la sencillez campesina de las famosas redondillas del clásico sevillano.

Nuevos cantos. De una variedad extrema, llegan á la más noble exaltación patriótica en las estrofas de *¡Ancha Castilla!*, á la placidez exquisita en un lindo nocturno—*Melodía*,—á la imploración anhelante en *El sol de los tristes*. *Las violetas de Aucambille* es de un valor poético inapreciable, porque allí el poeta, de los mismos deseos de muerte, hace brotar el canto á la vida, fuente de poesía.

Las cuatro últimas partes, que resumimos por no ser más extensos, tienen el mismo sello de diversidad en los estilos, de exuberancia lírica en la inspiración y de preciosismo en la forma. Vuelve á sonar el rabel en los *Romances serranos*, resurge en *Vida y Muerte* la obsesión de la locura, nos enardecen los tonos épicos de algunas composiciones de las llamadas *Visiones trágicas*, y, en el poema *Los ciclopes*, se afirma la personalidad del lírico y sube á la cima de la inspiración rotunda. ¡Poema de Núñez de Arce, cantado con lirismos de Zorrilla!

Tal es el libro.

FRITZ ROSMARIN

"Nuevo Mundo"

3 de Junio

1909.

—

En «La vida loca» ha condensado Fernández Shaw aspectos complejos de la vida. Su temperamento, esencialmente lírico, ha tenido necesidad de expansionarse en este libro, fruto de la madurez de un ingenio que ha sufrido la prosa de la vida cotidiana y en vez de dejarse subyugar por ella le ha dado alientos para elevarse por encima de sus miserias y de sus dolores. Es indudable que el que sabe cantar el dolor, convirtiéndolo en materia artística, es un poeta. Oscar Wilde, aquel poeta que llegó a los más grandes refinamientos de la fantasía y que por haber abusado de todos los refinamientos de la sensualidad, llegó a vivir una vida tan compleja como intensa, coronada por los grandes dolores, ha dicho: «La prosperidad, el placer y el triunfo pueden ser groseros, pero el dolor es lo más sensible de todo lo creado. Nada se mueve en el mundo del pensamiento sin que responda el dolor con vibraciones infinitamente vivas y terribles. Donde se encuentra el dolor queda la tierra santificada.»

El poeta inglés tiene razón. El que no ha sentido el dolor ha vivido imperfectamente, no ha vivido más que una parte vulgar de la existencia. Me refiero al dolor moral, que es la piedra de toque en que se contrasta la superioridad espiritual. En cambio creo que el dolor físico es deprimente y que los grandes moralistas de la humanidad del porvenir serán los que vayan inventando medios para reducirlo, ya que, por desgracia, nuestra naturaleza parece que por su constitución se empeña en no dejarlo aniquilar por completo. El dolor moral purifica las naturalezas fuertes y ha sido el tema en que se han immortalizado los grandes maestros de la poesía.

La nota dolorosa, sentida noblemente, es una de las cualidades que avaloran «La vida loca». El dolor hace pulsar la lira al poeta, pero no le inspira satanismo, sino resignación serena, cristiana, en el sentido espiritual de la palabra. En ello, en el amor familiar y en la práctica de la bondad encuentra el motivo de su existencia y su fuerza contra la adversidad.

La naturaleza es otro de los amores del poeta, que se complace en describirla, penetrando en lo más íntimo, consiguiendo que la forma sea la expresión adecuada del sentimiento que le une a ella y le inspira su canto. Andalucía, su tierra natal, la describe con verdadero amor y con riqueza de colorido, lo mismo que la nota austera de las llanuras castellanas, «semejantes a las almas que ya viven sin amores ni esperanzas»...

En «Campo solemne», «La clásica siesta», «Estival», «Canto a mi tierra», «Otoño», «El sol de los tristes», «El salto del Niágara», «Risa del agua», «Monte arriba», «Niebla de luz» y «La santa paz» el poeta llega a una comunión espiritual con la naturaleza que sólo pueden conseguirla los que saben amarla y comprenderla. ■ «Melodía», exquisita sensación, transformada en sentimiento, de una deliciosa noche de Abril; «Primera visita» y «Beati possidentis», ofrenda al hijo muerto; «A media voz», «La mina traidora» y «Los muertos» son manifestaciones de una fantasía exquisita que escudriña intensamente delicados matices sentimentales.

En «Los ciclopes» el sentimiento de patria le sugiere frases de indignación para fustigar a los logreros y aventureros, altos y bajos, que la han desmembrado y escarnecido, y en «Tragedias para reír» su musa se recrea rapsodiando, ingeniosamente, el sentimiento de las poesías clásica, romántica y moderna.

La técnica, todo lo que se refiere al arte de rimar, refrenda la fama que tan justamente ha conquistado. Hay facilidad y elegancia para manejar toda clase de ritmos y estas cualidades literarias puestas en conjunción con las de carácter artístico, que hemos enumerado anteriormente, dan verdadero valor de espiritualidad a «La vida loca», libro que merece ser leído y alabado en estos tiempos en que son tantos los que convierten el arte y la poesía en mercancía vil.

INTIMIDADES DE LOS AUTORES

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

LAUREADO poeta, aplaudidísimo comediógrafo, hombre de gran cultura, artista de nervio, fecundo y elegante: ese es Fernández Shaw. Ha sido redactor de *La Época*, y ha colaborado en *La Ilustración Española y Americana*, *El Día*, el *Heraldo de Madrid*, etc., etc. Carlos Fernández Shaw, como Linares Rivas, como Jacinto Benavente y como tantos otros, da un mentís rotundo á esos buenos señores que han sentado la novísima teoría de que para ser literato, poeta ó autor, es preciso ostentar la ejecutoria de mendigo, las greñas de un gitano y la desaliñada vestimenta de un hambriento.

Fernández Shaw pertenece á una ilustre familia y tiene una fortuna y una carrera.

Dedicóse primero á la política donde pudo haber llegado muy lejos; pero la política, llena de miserias y de pequeñeces, es algo que repugna á los temperamentos elevados, es algo incompatible con aquellos espíritus en que predomina una nota romántica, un anhelo hacia el ideal...

Vino, pues, Fernández Shaw al mundo literario no impelido por razones de estómago, no pretendiendo conquistar con su pluma los míseros garbanzos de una casa de huéspedes barata. Empezó á escribir por *sport*, hizo comedias é hizo versos para hacer Arte, porque era un artista de corazón y de alma. Sus éxitos ruidosos, sin trampa ni mentira le colocaron en el envidiable sitio que hoy ocupa. Trabajador incansable, una neurastenia aguda le ha tenido alejado del teatro algún tiempo. La señal de su restablecimiento, que yo celebro muchísimo, ya sabéis cuál ha sido, un triunfo más: *Margarita la Tornera*, libro de un poeta inspiradísimo, de un perfecto dominador, no sólo de la rima, sino de la técnica teatral. Ciertamente el asunto de *Margarita la Tornera* está tomado de una leyenda de Zorrilla, como Zorrilla lo tomó de *La buena guarda*, de Lope, y como Lope lo había tomado de una canción de Alfonso el Sabio. Pero ¿quién se atreve

á ensombrecer la hermosa labor de Carlos Fernández Shaw en *Margarita la Tornera* reparando en la ninguna originalidad del asunto? Un escritor notable decía: «que en la literatura el robo no es delito cuando va seguido de asesinato». En *Margarita la Tornera* no ha habido robo, por lo mismo que se trataba de una leyenda conocida; pero aunque el plagio hubiese existido, aunque el autor hubiese guardado el secreto dando como suya una idea ajena, la regia vestidura de esa idea, la rica pachería del ropaje, mil veces más valioso que el asunto robado, serían bastantes á consagrar un nombre y á modelar una sólida reputación de artista.

Escarabajos inofensivos, sabandijas escondidas en los resquebrajados cimientos de la literatura dramática, roedores que en bandada llenan los sótanos del arte, desdén á Fernández Shaw, como escupen envidia é impotencia sobre todos los que valen y triunfan.



CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Murciélagos con orgullo y soberbia de águila, el talento ajeno les ofende, la gloria les tortura... ¡también ellos quisieran volar, subir muy alto, llegar muy lejos, donde otros llegan!... Pero... son murciélagos y lo serán siempre.

Dejémosles un consuelo, el de afirmar que para ser artista no puede un hombre nacer en cuna ilustre ni vivir de sus rentas; por fuerza ha de ser un pobre diablo... como ellos.

“Fernández Shaw es una legítima y gran figura literaria.

No le coronaron ni el favor, ni el comadreo, ni la intriga; su talento, sus grandes facultades artísticas diéronle el triunfo.

Las mentalidades superiores se elevan por la sola razón de su valía.”

La mediocridad obedece á una ley de gravitación, que si circunstancialmente no se cumple, á la larga es probado que se verifica. Las piedras no vuelan ni los alcornoques tampoco...

Fernando de URQUIJO

"Gedeón"

6 de Junio de 1909.

¡EL PAPEL VALE MAS!

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

A su debido tiempo recibimos *La vida loca*, de Fernández Shaw; pero hasta ahora no hemos querido anunciarlo porque esperábamos que pasara el chaparrón de libros desagradables caído recientemente sobre nosotros. Hoy que, por fortuna, no lueven prosas ni versos de los que invitan á salir de estampía, podemos celebrar la aparición de *La vida loca*, propinando á su autor el bombo correspondiente. Pero este bombo quedará entre líneas, para no desvirtuar esta sección dedicada al instrumento contrario... ¡No podemos escamar al público! Nuestros escasos lectores se refugian aquí huyendo del incienso, y no sería oportuno darles con el incensario en las narices...

Por esta razón, mucho más atendible que las esgrimidas por D. Segis para no perturbar á Maura, nos vemos privados de elogiar *La vida loca*. Sólo diremos á su autor, nuestro amigo, que nos ha proporcionado su lectura un placer singular. Primero, por el libro en sí mismo, y después, por comparación con los que del propio género se estilan ahora entre nosotros... ¡Esos libros que podrían llamarse genéricamente, en contraposición al de Fernández Shaw, *La vida tonta*!

Hechas estas discretas y prudentes declaraciones, vamos á caer sobre una poesía de las contenidas en *La vida loca* para fastidiarla, según costumbre, arreglándola á las circunstancias y á nuestro gusto.

Abierto el libro al azar, nos encontramos con «El enemigo», y allá va gedeonizado:

En el Senado una tarde
di con un viejo, muy viejo,
con los pelos en desorden
y los ojos cenicientos;
como una pasa arrugado,
de hiel y vinagre el gesto,
demócrata por la ropa
y cuco por el aspecto.

Era en mitad del debate,
perturbador en extremo,
cuando me hallé en el Senado
con este viejo tan viejo.

Sentado cabe una estufa
reposaba sus alientos
y sus toses, repetidas
por cuatro ó cinco porteros.

—¿Qué hacéis por aquí?—le dije.
—¡Nada!—me repuso.—¡Espero!
Y tembló todo el pasillo,
tembló con la voz del viejo.

—¿No amáis las viejas regiones?
—¡Pero me asusta el proyecto!

—¿Veláis, solo, por nosotros?

—¡Solo, por vosotros velo!

—¿Cuidáis de nobles ideas
más puras que los corderos?

—¡Hago como que las cuido,
porque ha mucho se durmieron!

Velo también por la patria.

—¿Por la patria?—Y por mis yernos.
Con impaciencia me aguardan
para insistir en sus puestos.

—¿Por qué no entráis al debate
y os oponéis...?—Ya no puedo
Me estoy aquí; autorizarlo
ni con mi presencia quiero.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Cuando se apruebe es seguro
que volveré de mi acuerdo
y firmaré otro Tratado
si se precisa por ello.

Tembló la vetusta casa
con temblores de misterio,
no con sustos, con espanto
por las palabras del viejo.

Los dos callamos. Llegaban
del salón algunos ecos.
Rechinaban las estufas,
todas rojas por el fuego.

—¡Quede con Dios el amigo—
dije con mucho *canguelo*,
porque la historia pasada
creí presente de nuevo.

—¡Vaya con El!—me repuso
con desagradable acento.
¡Ya firmaré otro Tratado
si se precisa por ello!

Sentí que todo su frío
se me colaba en el pecho,
como en la bolsa se cuelan
los recibos del casero.

Y ahuequé el ala en seguida
de tal luchador huyendo,
tropezando en la mampara,
porque salí muy ligero.

Buscaba, como otras veces,
buscaba lo que no encuentro:
la fe, el valor, los redaños,
los cánones de otros tiempos...

Y allá se quedó, solito,
con su manía el abuelo,
el de los ojos cerrados
y los escasos cabellos;
á la vera de don Segis,
y en la fila muy correcto,
esperando y esperando
las mudanzas de los tiempos.

Allá se quedó solito
lonrizonte y soñoliento,
huésped de los liberales
y odiado por los gallegos.

Y allí se quede y no vuelva,
pues no volvió de su acuerdo,
sin que el Senado le escuche
ya que esgrimió su silencio.

Allá se quede y no vuelva
que no hace falta su verbo,
el que es un puro adjetivo
y lo merece... ¡Montero!



"Blanco y Negro" 26 - Junio - 1909.

... También los literatos reposan. Se anuncia
la publicación de un libro de la Pardo Bazán. Con los
de Fernández Shaw y Felipe Trigo serán los libros
de la corriente temporada. No todo el mundo puede
fabricar libros cuando quiere, como Roosevelt, ni
como quiere.

Angel M^a Castell.

Lecturas de la semana

Versos.—*LA VIDA LOCA*, por Carlos Fernández Shaw.

La tristeza es la musa que inspira la mayor parte de los versos que Carlos Fernández Shaw ha incluido en su último libro, titulado *La vida loca*. Si el mundo es, como dice el más pesimista de los filósofos, nuestra representación, pocos mundos tan desolados como el mundo de Fernández Shaw. De cuál es el estado de su alma puede formarse cabal idea leyendo la composición que lleva por título «En alta mar». Nos habla allí su autor de un barco, llamado el *Halcón*, que arde, abandonado por sus tripulantes en medio del Océano, y exclama:

«Como el *Halcón* sucumbo, presa del mal interno,
que me devora, y vence, con torturas de infierno.
Como el *Halcón* sucumbo.

Por algo parecía
su historia, muchas veces, gemela de la mía.»

Estando, pues, el poeta devorado por mal interno, que le ocasiona torturas infernales, no es extraño que todo lo vea negro, y que pida en rítmicas endechas el descanso de la muerte:

«¡Oh, terrible desencanto
de la vida, cómo amarga!
¡Ah, descanso de la muerte
redentora, cómo tarda!»

A veces le asaltan desesperados impulsos:

«¡Oh, puente inolvidable! Bajo tus arcos recios
miraba yo las aguas del Garona pasar,
y un impulso terrible me empujaba á sus ondas:
¡el impulso funesto de un dolor sin piedad!»

Las últimas palabras de su libro—«Última verba»—resumen en liras del corte de las famosas de Fray Luis, el desaliento que domina en *La vida loca*:

«Goce yo de la Muerte,
con un tiempo bastante, la llegada;
con el ánimo fuerte,
con paz asegurada,
y en la paz de la noche sosegada.»

Para huir de esos dolores sin piedad, de esas torturas de infierno, de ese deseo de morir, y al mismo tiempo para verse libre de las mentiras políticas, de las baladronadas de los bravos, de los ataques de la crítica, de los engaños cortesanos y de todas las agresivas ruindades de la vida ciudadana, acude el poeta al campo, y allí, aunque sólo momentáneamente, experimenta la alegría y el bienestar; esto es, el vivir, como deseaba Fray Luis de León,

«libre de amor, de duelo,
de odio, de esperanza, de recelo.»

La serenidad augusta de la sierra, la tranquilidad del llano, el sosegado curso de los ríos, el canto lejano del gañán, la esquila del ganado... todo eso que tan grata impresión suele causarnos á los que vivimos de ordinario envueltos en el fatigoso tumulto de las grandes ciudades, aquietta y tranquiliza el ánimo de Fernández Shaw, y le hace prorrumpir en animadas estrofas, como las que llevan por título «¡Ancha es Castilla!», ó en castizos romances, como el titulado «La Santa Paz», ó en graves alejandrinos, como los del «Campo solemne».

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJML

Con verdad he de decir que yo prefiero estas últimas composiciones, á las otras congojosas y desesperadas. En poesía, como en prosa, y hasta en la conversación familiar, la persona que constantemente nos está llorando lástimas y hablándonos de sus penas, nos produce cierto cansancio. Para que el dolor del poeta nos emocione y cative, es necesario que refleje y simbolice el dolor humano: á medida que la pena es más privativa, más personal, se hace menos poética. Lo que muchas veces haría llorar á nuestra familia y entristecerse á nuestros amigos, es oído con indiferencia, cuando no con disgusto, por los extraños. Sólo á condición de su universalidad nos interesan las congojas del poeta. Al dolor, como á toda suerte de afectos, es aplicable el precepto de Quintana:

«Que vuestro canto, enérgico y valiente,
digno también del Universo sea.»

De otra parte, el artificio del verso perjudica un tanto á la sinceridad de ciertos afectos. No es fácil comprender un hombre verdaderamente dolorido, que ande buscando consonantes con las lágrimas en los ojos.

Fernández Shaw maneja con rara facilidad la rima; sus versos son siempre cadenciosos y sonoros: son musicales, y en esto estriba su encanto principal.

Puede decirse que el sello distintivo del estilo poético de Fernández Shaw es la repetición.

¡Campanas, campanas locas,
de una ciudad ideal!
.....
¡Campanas, campanas locas,
cesad un punto, callad!
.....
¡Campanas, campanas locas,
por última vez clamad!
.....
¡Campanas, las de mis sueños,
por mis ensueños doblad!

Esta composición se titula «La obsesión de las campanas», y es, en efecto, una obsesión.

En el romance «Al amor de la lumbre», lee:

«Dame calor que me encienda,
lumbre de buenas tizamas,
en el centro de mi chozo,
chozo de la mi majada;
dame calor para el cuerpo,
dame calor para el alma...
.....
ya va muriendo la tarde,
ya viene la noche mala;
.....
dame calor que me encienda,
dame calor con tus brasas,
dame amor, amor de lumbre,
lumbre de buenas tizamas,
en el centro de mi chozo,
chozo de la mi majada...»

No obstante estos reparos que me he permitido poner á los versos de Fernández Shaw, con gusto he de decir, para terminar mis desaliñados renglones, que hay en las poesías de *La vida loca* ambiente poético, melancolía sincera, y riqueza de ritmo y de rima... lo que no es poco.

La vida loca es una colección de poesías muy de estimar en una época como la nuestra, en que tanto abunda el prosaísmo.

"El Adarve"
(Cáceres)

LA VIDA LOCA

Carlos Fernández Shaw

17 Junio 1909

el ilustre autor de *Poesía de la Sierra*, ha escrito un nuevo libro que enriquece el tesoro literario de nuestra patria; en el Parnaso Español han volteado las campanas del triunfo y con su repicar alegre se han confundido esta vez las metálicas vibraciones de la trompeta de la fama, llevando de uno á otro continente el nombre esclarecido del poeta victorioso.

La vida loca es el título de este nuevo tomo de poesías y en él, como en el ya citado, puso Fernández Shaw las delicadezas de su hondo sentir, el valer inmenso de su cerebro potentísimo, las últimas bellezas de su inagotable inspiración, siempre lozana y esplendorosa siempre. Son estos versos de *La vida loca* la ofrenda más acabada que el más acabado cantor puede ofrendar á la Naturaleza. En el hermosísimo libro de Shaw encontrarán los lectores luces y sombras, en él verán la alegría de nuestros valles verdes, la tristeza gris de las ingentes montañas—en ferrazón de tormenta—los bellos cambiantes del iris que hablan al corazón con las eternas esperanzas contenidas en los libros santos... Y en todas sus páginas encontrarán también, poesía española pura, robusta, sonora, elevada, con ideas y música...

Ya en otra ocasión dijimos de Fernández Shaw que es un enamorado del campo y que éste, sumiso, le entrega con sus misterios la embriagadora poesía que baja de las cumbres. El delicado y culto poeta busca en él salvadora medicina para dolencias que—aunque otra cosa opine—curables són y desaparecerán seguramente, pues por fortuna no tienen justificación los temores abrigados por el insigne autor de *La vida loca*, y así lo reconoce él mismo—desdiciéndose—cuando, ante el salto del Niágara, arranca á su corazón este grito:

«¡Torno á luchar! ¡La vida me reclama,
y su reclamo el corazón escucha!

¿Sólo vive quien ama?

¿Sólo vence quien lucha?

Pues que la lucha el corazón dilate;

que el alma, conmovida

por amor juvenil, ¡de amor henchida!

del marasmo en que sufro me rescate.

¡Por luchar y vencer torno al combate!

¡Por caminos de amor vuelvo á la vida!»

Y como Shaw es un luchador que vence en el periódico, en el teatro y en el libro, las letras patrias esperan de él y de él reclaman nuevos días de gloria. En tanto éstos llegan, paladée las presentes, olvide sus desfallecimientos y cuente con la agradecida admiración de esta noble Extremadura, tan bellamente retratada en los *Poemas Rústicos* que le inspiraran los Montes de Tozo como podrán apreciar nuestros lectores en números sucesivos, pues hemos de publicar tan lindas composiciones.

Y ahora, para que puedan saborear algo de *La vida loca*, transcribimos á continuación su poesía *El sol de los tristes*, donde van hermanados el arte y el sentimiento de tan acabada manera que es, sin disputa, una de las mejores composiciones entre las escritas en estos últimos tiempos.

El Sol de los tristes

¿Sabes tú, Padre Sol, el anhelo
con que el triste y el débil te aguardan?
¿Sabes tú, Padre Sol, de su duelo,
si tus rayos se anublan ó tardan?

El feliz no se cuida, ni el fuerte,
—fortaleza supone ventura,—
de gozar con tus luces, de verte,
ni de hallar en tu fuerza su cura.

Para el gozo y el bien de la vida,
llevan luz y vigor en su pecho,
con el bien de su fuerza cumplida
y el vigor del vivir satisfecho.

Pero el triste y el débil, que claman
sin salud, sin vigor, desvalidos,
suspirando te anhelan, te llaman,
en congojas y en males sumidos.

Tú le das ilusión de energía,
les transmites amable consuelo,
les infundes calor de alegría...,
¡que por algo les llegas del cielo!

Tú confortas su angustia que gime,
tú detienes su pena que avanza...
Tú les haces limosna sublime:
¡la que empieza por dar esperanza!

¡Tú, Señor de la mar y la tierra;
tú, Señor de tus regias alturas;
tú, que esmaltas, con chispas la sierra;
tú, que anegas en luz las llanuras!

¡Oh, bondad de tu amor, bienhechora,
sobre el campo, refugio del triste,
que por tí, con tu fuego, se dora,
que por tí, con sus flores, se viste!

¡Oh, piedad de tu luz, bendecida;
caridad de tu luz, suspirada;
para un pobre, que sufre, venida,
y hasta el fondo de un lecho llegada!

¡Cuántos miseros ánimos yermos!
¡Qué de angustias, constantes y fieras!
¡Qué anhelar de los pobres enfermos!
¡Padre Sol! ¡Padre Sol! ¡Si supieras!..

Nunca, nunca tu bien les faltara.
Prolongaras la gloria del día.
Fuera, acaso, tu lumbre más clara;
más radiante, quizás, todavía.

Porque tú, de tu fuerza tan pleno,
vencedor celestial de la Muerte,
debes ser, cual magnífico, bueno;
por dichoso, por grande, por fuerte.

Padre Sol: ve las hondas miradas
que tus gracias supremas imploran.
¡Pobres seres, de vidas cansadas,
cuál te buscan, oh Sol, y te adoran!

¡Ay, maldita la nube, maldita,
que en los aires sus velos despliega,
si la luz de tus rayos les quita,
si el calor de tu fuego les niega!

¡Ay, maldito el nublado tremendo,
masa ingente de grises vapores,
que les roba tus rayos, abriendo,
como heridas, sus vivos dolores!..

¡No! ¡No dejes que avance, que cunda!
¡Rasga nubes, cual borras quimeras,
y en tu luz á los tristes inunda!..
¡Padre Sol! ¡Padre Sol!! ¡Si supieras!!

CARLOS FERNÁNDEZ SAHW.

VERSOS DE FERNÁNDEZ SHAW

"LA VIDA LOCA,"

Contribuir á crear ó ahanzar prestigios poéticos, paréceme obra de patriotismo en nuestra literatura enervada y de consuelo á nuestras cotidianas angustias nerviosas. Leamos á Rubén Darío, á Salvador Rueda, á Carlos Fernández Shaw; internémonos gustosos por la floresta de sus estrofos; saboreémoslas, aprendámoslas y divulguémoslas sin cesar. He aquí tres grandes poetas españoles de nuestros días. Cada uno de ellos tiene poesías llamadas á figurar en las antologías futuras, con tanta razón como las *Coplas* de Jorge Manrique, el madrigal de Cetina ó las *silvas* de Rioja.

De Rubén Darío hablé con alguna extensión hace tiempo; ensalcé con sinceridad absoluta su prodigiosa originalidad, con sus altas cualidades de innovador de nuestra métrica, italianizada desde Garcilaso y Boscan. El la ha revestido de nuevas formas cosmopolitas, resucitando los viejos ritmos olvidados, ataviándola con flores de Roma y de Grecia.

De Salvador Rueda me propongo hablaros cualquier día con relativo detenimiento, confiado en vuestra indulgencia tan probada, y para ello me dará seguramente ocasión la anunciada coronación del poeta, que yo considero sumamente lógica, pues ningún lírico moderno recogió como él tan ingenua y pintorescamente los matices y las melodías del alma popular.

De Carlos Fernández Shaw—que completa nuestro gran triunvirato lírico de ahora, en mi opinión humilde, y que supo, como Darío y Rueda, emanciparse de toda servil imitación libresca y exótica—tengo el deber de deciros ya algo, no con pretensiones de estudio crítico, sino á título de información periodística únicamente; para anunciaros lo que es su nuevo libro, si no tuvisteis la fortuna de gustarlo, ó para daros el placer de renovar vuestras gratas sensaciones, si el solo anuncio de su publicación, como espero, os incitó á adquirirlo.



A Carlos Fernández Shaw, con quien tengo casi desde niño amistad fraternal, le dije muchas veces:

—Tú eres un poeta para las multitudes.
Sus versos préstanse muy singularmente á la recitación pública. El mismo, recitador sin rival, los engrandece y abrillanta al declamarlos. Su lírica toca en los linderos de la épica. Más que ternura, tiene elocuencia. Todas las cosas, aun las pequeñas, las ve en grande. Los orígenes de su personalidad poética—no digo sus actuales fundamentos, sino sus orígenes—los ha-



Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

llaríamos tal vez en los poetas de la escuela sevillana. Herrera figura entre sus antepasados. La influencia de Quintana, derivación de Herrera, adviértese en muchas estrofas de Fernández Shaw, desde el *Canto al Niágara*, escrito en los albores juveniles, hasta el poema *Los ciclopes*, la última y más transcendental de sus composiciones. Hay poetas de esta especial conformación, que necesitan cantar siempre en las cumbres. De ellos es Fernández Shaw, que tiende por instinto, aun en sus más delicadas intimidades, á generalizar y á convertir sus cantares en himnos. No parece dirigirse nunca en voz baja á un alma hermana confidencialmente, sino en voz alta y ronca á las muchedumbres. Es de la raza de Víctor Hugo, en fin; no es de la raza de Musset.

Estos poetas expansivos y opulentos suelen gustar de publicar libros abundantes y nutridos. Confírmalo *La vida loca*, que atesora cuarenta y cinco poesías, casi todas extensas. Sólo el poema *Los ciclopes* tiene veintidós páginas. El poeta, sin embargo, no es palabrero, ni su obra peca de monotonía. Antes al contrario. Para desenvolver los diversos temas que inicia, cabría escribir otros volúmenes. Puede decirse que el libro abarca toda la vida del autor; sus ensueños tempranos, sus viajes, sus amores, su laborar copioso, sus luchas, sus cansancios, sus dolencias, sus descansos del campo y del hogar, sus idolatrías de la naturaleza y de la patria, toda la juventud y toda la madurez. Pero Fernández Shaw, por irresistible vocación temperamental, no habla egoístamente; cuando empieza á descubrirnos rincones de su alma, pasa pronto á interesarse por cuanto le rodea y á reflejarnos una amplia visión de los hombres y de las cosas.

Oíd el último verso de la poesía que hace veces de prólogo en este hermoso libro:

«¡Qué tarde tan local... ¡Parece mi vida!»

La existencia de este poeta aspira siempre á abarcar lo exterior; sus ojos miran hacia fuera, no hacia dentro. Sus versos no son quejas, sino cánticos. Y *La vida loca* no es sólo la del hombre, sino también, y por ello nos interesa más, la del artista. Vémosle cómo insinúa, desenvuelve, completa y afirma su personalidad.

Divídese el libro en varias secciones, correspondientes á otros tantos estados de alma. Mencionémoslas. *Mocedades* comprende el canto *Al salto del Niágara* y tres sonetos. En esta parte, aun lleva el poeta los andadores de Herrera y de Quintana. Es lo más locuaz y menos personal del libro, que tiene la virtud de ir creciendo gradualmente en intensidad. Después—salvo en el segundo canto de *Los ciclopes*, antes mencionado,—el autor abandona su abolengo quintanesco para adquirir fisonomía propia y evocarnos múltiples aspectos de otras diversos poetas,

LA VIDA LOCA. La crítica ha acogido con elogio tan caluroso como unánime el último tomo de versos publicado por Fernández Shaw. El éxito ha sido rotundo, y lo consignamos con placer, pues frente á las corrientes de exotismo y de extravagancia es consolador este despertar gallardo de la poesía, que resurge esplendorosa en poetas del fuste de Sandoval y Fernández Shaw.

El libro de éste tiene composiciones de altos vuelos, de gran inspiración; composiciones por sí solas bastantes para enaltecer una firma, y tiene también estrofas de inefable ternura, en las cuales vibra el sentimiento como una dulce canción. Fernández Shaw exterioriza sus admiraciones, sus pesimismo, sus afectos, con una sinceridad que aleja toda manera afectada; de ahí la sonora fluidez de las estrofas.

La edición de *La vida loca* se agotará muy pronto. Y muy merecidamente.

F. SANCHEZ-OCAÑA.

AL GRAN POETA GADITANO
CARLOS FERNANDEZ SHAW

Con satisfacción no poca,
hace días recibí
su libro *La vida loca*
y de un tirón lo lei,
y encontré tan bello todo,
que prorrumpí al terminar:
—¡Bendito el que de ese modo
sabe sentir y expresar!

Quien de esta manera brilla,
entrar puede en el Paraíso
llamando de tú á Zorrilla
y á Fray Luis y á Garcilaso."

En ese libro asombroso
junta usted, cual nadie sabe,
con su estilo prodigioso
castizo, fácil y grave,
el campo y sus alegrías;
del hondo mar las grandezas;
las dulces melancolías
de la sierra y sus tristezas;
las dudas que nos combaten;
las horas de calma hermosas;
los mil recuerdos que laten
en la vida de las cosas;

las torturas y tormentos
que á todos roban la calma...
¡y dejan sus pensamientos
tal placidez en el alma!

que cuando hago versos que
á todos causan horror,
recitando los de usted
se me quita el mal sabor!

Es su libro un tesoro;
la fina labor, en suma,
del que es bueno y tiene de oro
el corazón y la pluma;

es un libro excepcional
que mezcla en sus armonías,
con noble arte señorial,
amarguras y alegrías.

Sólo otro, que alcanzó fama,
tantas bellezas encierra.

Salió hace poco y se llama...
Poesía de la Sierra.

Termino aquí y no le canso
más. Perdóneme, por favor,
este graznido de un ganso
que ha escuchado á un ruiseñor.

JOSE ROD. O.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

que ahora, por falta de tiempo, huelga detallar. De estos poetas, quien más influyó en él fué, sin duda, Zorrilla. Se le asemeja, por ejemplo, en la predilección y maestría de las descripciones. Fernández Shaw es, á mi juicio, un gran poeta descriptivo principalmente. Ya en la segunda sección del libro (*Cantos y canciones*), *La maja de los santos*, *El transatlántico*, *La clásica fiesta*, vienen en apoyo de mi afirmación.

Hasta aquí, el poeta ha sido todo luz, color y entusiasmo. *In memoriam* y *Las horas negras*, señalan el paso del dolor por su alma, ensombreciéndola y enfermándola.

Llegan después, como reposo de estos fuertes combates con el pesar, los *Poemas rústicos*, para mí lo más hondo é interesante tal vez del libro. Dos de estas poesías, *La santa paz* y *Campo solemne*, son de belleza definitiva. *La santa paz* es digna de Baltasar de Alcázar, en quien está inspirada. *Campo solemne*, de un vigor y de una justeza en la descripción rara vez igualados. Fuera de Céspedes, ningún poeta castellano supo tanto á Virgilio. Canta Fernández Shaw la solemnidad del campo en radiante mañana serena, transmitiéndonos profunda sensación de silencio y quietud inefables. Súbitamente interrumpe la calma campestre el rebaño que llega. Deleitémonos recordando algunos de estos hermosos versos, los más perfectos que el poeta ha escrito:

Ya por el monte diviso las reses, que avanzan lentas, lentísimas, cuándo, por gratas penumbras; cuándo, bruñidas á fuego, del sol que las dora, cubren los claros que dejan las graves encinas.

Es un rebaño que forman á cientos las vacas; vacas hermosas, vestidas de pelo brillante, finas de remos, robustas, de nobles testuces. Lindas terneras las siguen, con ágiles saltos. Velan por todas leonados y fieros mastines.

.....
Silba un pastor. Y repite su largo silbido. Todo el enorme rebaño se para de pronto. Ved á las vacas—vestidas de pelo brillante, finas de remos, hermosas, de nobles testuces—ved cómo gustan del breve, sabroso descanso. Cuál en las ondas azules de aquel regatillo calma la sed que secara sus trémulas fauces; cuál á las ramas del árbol, y al fruto que brindan, alza con bella postura la armada cabeza breve tumulto de ramas hojosas moviendo; cuál, que el regalo del pródigo suelo prefiere, muerde con ansia, rompiendo sus húmedas yerbas;

cuál, vanidosa, con aire de reto se planta; cuál, por el campo la vista curiosa revuelve; cuál, avispada, batiendo sus lomos, sacude, látigo vivo de cabo revuelto, su cola. Ved, entretanto, saltar á los lindos terneros. Ved, entretanto, correr á los fieros mastines. Ved, entretanto, comer á los recios pastores. Paz infinita del cielo radiante descienda.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Yo no conozco, desde Zorrilla acá, versos descriptivos superiores en nuestro idioma. ¡Qué diferencia entre esta hermosa intensidad de vida y los desmayados rebuscamientos de los poetillas al uso, espigadores de residuos *annunzianos* y *verlenianos*! *Campo solemne* es, en verdad, magnífica poesía.

Otra interesante parte del libro, *Nuevos cantos*. Las estrofas de *Ancha Castilla* son de sano y adorable optimismo patriótico. No reproduzco fragmentos de esta composición porque hace pocos días la reprodujo *A B C* y porque la principal belleza de ella es la del conjunto. Es otro gran acierto, como el de *Campo solemne* y como el de *Las violetas de Aucamville*.

Las *Visiones trágicas*—la batalla, el naufragio, la mina y el manicomio—forman algo extravagante y estremecedor, de una recia originalidad.

Los *Romances serranos* son bellísimos, especialmente *Monte arriba* y *La risa del agua*. Tienen grato sabor popular.

El poema *Los ciclopes* hubiera constituido, por sí solo, una obra importante. Su primera parte nos trae el recuerdo de Virgilio. La segunda, el de Quintana, según ya expresé. El poeta se rebela honrada, noble y altamente contra los culpables de la decadencia nacional, soñando cómo se forja su castigo. Incrépalos con ruda fiereza y evoca el rayo celeste de justicia, que sobre ellos caiga. La primera parte, esencialmente descriptiva, es una maravilla. El resto del poema parece más artificioso é insincero.

Finalmente, para que el parentesco de Fernández Shaw con Zorrilla sea más estrecho, no es sólo un poeta descriptivo y un poeta nacional, sino también un poeta cristiano. Diversos pasajes de *La vida loca* lo translucen, y *Ultima verba*, rebosante de sinceridad, viene á refrendarlo.



No es posible dejar de decir algo, aunque breve, de la métrica del poeta, después de habernos referido á su espíritu y forma de expresión.

Fernández Shaw se distinguió, desde niño, por su instinto de excelente versificador. En su primer libro, la poesía más musical estaba escrita en verso de trece sílabas. Otras veces hizo alardes métricos á lo Leconte de Lisle escribiendo toda una poesía con los mismos cuatro ó cinco consonantes. No podía mostrarse indiferente á la revolución rítmica iniciada por Zorrilla, ampliada por Rubén Darío, y no lo es. La primera parte de *Los ciclopes* está versificada, á trechos, al modo de *La marcha triunfal*. En *Las violetas de Aucamville*, la técnica es también muy moderna, dando al alejandrino mayor flexibilidad y elasticidad, diversificando las acentuaciones de un modo bello y caprichoso. No llega á admitir el agudo en el hemistiquio, torquedad que me parece un poco pueril, y tampoco trunca en él

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

las palabras por una de las sílabas intermedias, lo cual ya se me antoja más puesto en razón, pues no cabe olvidar las diferencias radicales que separan la prosodia francesa y la nuestra, gracias á las cuales ciertas importaciones de Francia será difícil que adquieran carta definitiva de naturaleza entre nosotros.

Por regla general, Fernández Shaw sale por los fueros de la métrica española tradicional, volviendo á veces los ojos como Rubén á los poetas anteriores á Garcilaso y Boscan, y aun á los primitivos, como Berceo, para resucitar su encantadora tosquedad ingenua.

En general, atempérase á nuestra poética ortodoxa, y de sus versos mana cierto perfume clásico, sin perjuicio de que luego su musa, multiforme como la de un romántico, pase, cruzando ritmos diversos, y con la prodigiosa facilidad de Espronceda ó de Zorrilla, del verso de quince sílabas al de cuatro.

En los *Romances serranos* llega á una admirable sencillez; las *Tonadas de pastores* recuerdan á Lope.

El léxico del poeta no es acaso muy numeroso, pero siempre la expresión es distinguida y noble, el adjetivo justo y pintoresco.

(Es *La vida loca*, en fin, un libro castizamente español, moderno en la intensidad de sensaciones, rico en imágenes y exuberante de lirismo. Para mi gusto, el mejor libro de Fernández Shaw y uno de los mejores de estos últimos años.)



La escasez de crítica en la Prensa, que trajo por consecuencia el prestigio efímero de imitadorzuelos deleznales—con pocas excepciones honrosas—desalentó quizás á tan legítimo poeta, como Fernández Shaw, retrayéndole durante algún tiempo de la comunicación constante con el público.

Las altas dotes dramáticas de Fernández Shaw—que en sus mismos versos líricos se advierte—le inclinaron al teatro, y circunstancias accidentales obligáronle á aventurarse insistentemente en empeños harto inferiores á sus fuerzas.

(En *Poesía de la Sierra* y en *La vida loca*, ha rendido á la lírica española el tributo que de él tenía derecho á esperar. Con el teatro, si el resurgimiento poético alboreante, iniciado por Benavente y Valle Inclán, no se detiene, cumplirá también.)

Yo conozco al poeta y estaba de antiguo en el secreto de sus grandes bríos. Por esto, al leer los elogios dedicados á su último libro, exclamé ingenuamente:

—¡Gracias á Dios, se le hace justicia!

Ricardo J. Catarineu.

REVISTA LITERARIA

Otro libro de versos de Fernández Shaw:«*La vida loca*»por el P. E. Negrete.

El inspirado cantor de la *Poesía de la Sierra*, aquel poeta elegíaco á quien hace próximamente un año dediqué en estas columnas un artículo tan encomiástico como merecido, vuelve ahora á recrearnos con otro tomo de versos. Y como si el delicado vate, á fuer de alma agradecida, quisiera pagarnos á todos sus sinceros devotos y admiradores los elogios que tributamos á su obra anterior, ó quizás alentado por el éxito de *Poesía de la Sierra*, ó por ambos motivos á la vez, lo que me parece más puesto en razón, Fernández Shaw, digo, bien así como el tenor de ópera responde á los vítores y aplausos de la muchedumbre con más robustas, sentidas y vibrantes notas, nos brinda este año con un libro de versos muy superior, en mi concepto, al del año pasado.

¡Oh, sí! *La vida loca* sobrepuja, y con bastante, á *Poesía de la Sierra*. Hay en esta nueva producción mayor cantidad de poesía, y es más multiforme, polícroma, sana y robusta. La musa inspiradora de Fernández Shaw alienta aquí, á ratos, con tales bríos, y, á ratos también, se presenta tan rozagante, frescachona y festiva, que no parece sea, el que en estas páginas se escucha, el eco de un espíritu dolorido, fatigado y acobardado, que gimé y se revuelve entre los anillos de una pertinaz y profunda neurastenia.

Y, sin embargo, el autor de *La vida loca* está, como hace un año, neurasténico de cuerpo y de alma. ¡Bendita neurastenia! Bendita, sí, porque en Fernández Shaw se está dando el caso, con apariencias de paradoja, de que esa postración moral y física del poeta sea precisamente el aguijón de su espíritu, el acicate que le estimula y le lleva á buscar en las cuerdas del arpa alivio para sus torturas y caimien-

tos de ánimo, cantando, como los pájaros cantan las penas de sus amores. Si yo no tuviera otras pruebas, me bastaría el testimonio en acción de este poeta para convencerme de que el dolor, en este valle de lágrimas, es una necesidad; y si por añadidura ese dolor roza sus alas sobre espíritus nobles y levantados, es entonces, además, un bien, aun miradas las cosas de tejas abajo. Una necesidad digo, porque el látigo que cruza nuestras espaldas nos obliga á enderezarnos, levantar la cabeza y mirar al cielo; y un bien, porque el azote que nos hiere es al propio tiempo bálsamo que cicatriza, sangre que redime, fuego que acrisola y luz que ilumina. Pues qué ¿no es á golpes de eslabón como el pedernal suelta de sus entrañas centellas de luz y de fuego? ¿y no es á golpes de martillo y de cincel como sale de la masa informe del mármol la estatua que es recreo de nuestros ojos? y si el arco no hiriese las cuerdas, en la caja del stradivarius de Sarasate, ¿no hubiera dormido para siempre el raudal de vibraciones que á tantos auditorios enloqueció de entusiasmo?

Cierto: si el dolor no hubiera golpeado la frente de muchos genios, obras que son hoy la admiración del mundo no existirían, y muchas energías no hubieran salido del estado de latentes.

Pues Fernández Shaw, vuelvo á repetirlo, nunca nos hubiera hecho la merced de *Poesía de la Sierra* y *La vida loca*, si el dolor, sacudiendo su espíritu, no lo hubiera lanzado á más levantadas esferas, en busca de otras patrias y otros cielos. El dolor ha sido el que, abriendo sus ojos y moviendo su lengua, le ha hecho comprender el alma de las cosas y cantar su hermosura. Las llamadas del dolor á las puertas de su espíritu le han arrancado vivísimas centellas de amor, de amor de vida, de luz, que al salir al exterior en forma de lamentos, han cuajado en brillantes y sentidas estrofas. Para mí es indudable: sin esa inquietud, sin ese vivo afán, sin esa ansia de vida, ventura y sosiego, inquietud, afán y ansia nacidos en el alma del poeta por el choque con la triste y versátil realidad; Fernández Shaw no hubiera quizás logrado tener tan afinados los sentidos para percibir las armonías de la naturaleza, ni se hubiera sentido tan ávido de recoger sus ondas sonoras para, poniéndose á tono con ellas, cantar á dúo el himno de la fe, la esperanza y el amor. Yo leo estas sus canciones y poemas, y en todos ellos no advierto sino las inquietudes de un espíritu que busca afuera algo con que llenar los vacíos de adentro, y casi siempre el eterno contraste entre la luz que dora el paisaje y las sombras que entenebrece su espíritu, entre el poder que alienta en la tempestad y los desmayos que padece su alma, entre las deslealtades y engaños de los hombres y el ansia viva de paz y de cariño, es decir, siempre el acero que viene á chocar contra el pedernal, siempre el arco que viene á herir las cuerdas, y de ahí *La estrofa in-*

mortal, como del peñasco, con sólo tocarle con su vara el caudillo hebreo, brotó el torrente que aplacó la sed del pueblo judío.

Que estas sencillas reflexiones, ajenas en absoluto á cualquier intento de explorar la psicología de este eximio poeta, son fruto natural, espontáneo y directo de la simple lectura del volumen que las motiva, podrá cualquiera comprobarlo por sí mismo, con sólo abrir al acaso el libro. Precisamente uno de los grandes méritos de *La vida loca* estriba en que sus páginas, como las de *Poesía de la Sierra* «son, ¡ay!, hojas desprendidas — del árbol del corazón» de Fernández Shaw, con las cuales va dejando caer jirones de su existencia. Véase, si no, su magnífico, vibrante cántico al *Salto del Niágara*. ¿Qué le dice al poeta este «recio Titán de infatigable aliento»?

¡Niágara! Quien viene á tu ribera,
si hermosa para tantos sentimientos
¡ay! para tantos otros extranjera,
padece la inquietud y los tormentos
del que, esperando siempre, desespera.

Desde que sufro desventuras largas,
mis ánimos cayeron, con amargas
tribulaciones, en letal desmayo;
pero tu vista desgarró mis nieblas
como con luz de irresistible rayo.

Ansias y amores de felices días
otra vez en mi espíritu amanecen,
llenándolo de vagas alegrías...

.....

Gloria á ti, catarata portentosa,
—fuerza que no reposa,—
que siempre luchas, y luchando vences.
¡Tu enseñanza es fecunda y generosa!
¡Con tu ejemplo me rindes y convences!

Saltan, corren, tus aguas turbulentas,
y la voz fragorosa de tu empuje
tiene, como la furia con que alientas,
el sordo retemblar de las tormentas
y el ronco grito de la mar que ruge (1).

¡Torno á luchar! ¡La vida me reclama,
y su reclamo el corazón escucha!

¿Sólo vive quien ama?
¿Sólo vence quien lucha?

Pues que la lucha el corazón dilate;
que el alma, conmovida
por amor juvenil ¡de amor henchida!
del marasmo en que sufro me rescate.
¡Por luchar y vencer torno al combate!
¡Por caminos de amor vuelvo á la vida!

(1) ¡Hermosa onomatopeya!

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Pues ya no es la catarata del Niágara, símbolo del poder; es un humilde río, el *Tozo*, desde una de cuyas riberas el poeta le apostrofa de esta guisa, como hubiera podido hacerlo Jorge Manrique:

Pobre *Tozo*, pobre río,
que de monte vas en monte,
hasta dar en la corriente
del *Almonte*;
breve río, que por lecho
donde corras tienes breñas,
por las cuales te desgarras
y despeñas;
.....
por tu suerte miserable,
que es tu suerte y es la mía,
pronto siento dolorosa
simpatía.
Fuera grande, pobre *Tozo*,
y á tu gusto bien corrieras:
á tus anchas dilatando
tus riberas;
como van por esos mundos
los magníficos señores
tan colmados por la suerte
de favores;
mientras ven que los humildes,
como yo, viviendo vamos
por honduras, en que el alma
desgarramos...

Si desde la tierra, dando otro corte adelante en el libro, nos trasladamos á *En alta mar*, allí veremos al poeta, al gran poeta descriptivo, acordando la triste suerte del *Halcón*,

«pobre buque de vela, mas bien aparejado;
envidioso de nadie, por sentirse tan fuerte;
por sentirse, de joven, tan feliz, envidiado».

con los duelos y quebrantos de su espíritu náufrago:

«En alta mar un buque sobre las ondas arde,
comido por el fuego, con rápido furor.
.....
Como el *Halcón* sucumbo, presa del mal interno
que me devora y vence; ¡con torturas de infierno!
Como el *Halcón* sucumbo.
Por algo parecía
su historia, muchas veces, gemela de la mía.»

Y, para no alargar más estas citas, ¿qué significa el mismo título

que da nombre al volumen: *La vida loca*, sino ese doloroso contraste de luz y sombras, de calma y tempestades, ora en violenta oposición, ora en completo acuerdo con el estado de ánimo del poeta?

«¡Qué duros contrastes! En pocos momentos,
el sol y la lluvia...; dolor y alegría...;
la tarde doliente..., la tarde que ríe...
¡Qué tarde tan loca!

Parece mi vida.»

He dicho también, lo que consigno con honda satisfacción, y en ello pongo singular empeño, ya que ningún crítico quiere fijarse en este aspecto de la poesía de Fernández Shaw, que las crueles angustias y horribles pesadillas de este poeta son, con frecuencia, despertadores de su noble espíritu, alas con las cuales se ve como forzado á remontarse á otras patrias y otros cielos, donde el corazón presiente y la inteligencia concibe la Belleza inmortal, sentada en trono de luz indeficiente: á Dios, fuente perenne de perdurable y completa felicidad. Dejo á un lado, para demostrar esto, *Vox clamantis*, un soneto que, si bien como composición literaria es de escaso valor artístico, recuerda, por la resignación cristiana en que está inspirado, aquellos sentidos versos de *Plácido*, para fijarme en *Monte arriba*, donde tropiezo con esta hermosa súplica:

«¡Dios del cielo, que me escuchas,
Dios del cielo, que me inspiras:
por el bien, que me ennoblece,
de un amor que purifica;
por el gozo de estas horas,
en la altura de estas cimas,
como nunca te bendigo;
bajo el sol, que enciende el día,
sobre el trono de la cumbre,
prosternado, de rodillas!»

en *Las Violetas de Aucamville*, una de las mejores composiciones que contiene este volumen, en la cual no he podido leer sin lágrimas en los ojos estas estrofas:

«Oh puente inolvidable! Bajo tus arcos recios
miraba yo las aguas del Garona pasar,
y un impulso terrible me empujaba á sus ondas:
¡el impulso funesto de un dolor sin piedad!

Y entonces fué que, un día, cuando un supremo arranque
me impulsaba á las ondas, ¡á la Muerte, por fin!,
miré bajo las aguas cabezas infantiles
con ojos lastimeros, alzados hacia mí...

¡Los rostros de mis hijos! ¡Sus rostros! ¡Sus miradas,
rasgando de las ondas la espuma y el hervor!...
Y entonces fué que, dando mis penas al olvido,
juré vivir por ellos, juré sufrir por Dios!

Por Dios, que en tal instante su aliento me infundía.
Por ellos, que elevaban sus ojos hacia mí;
¡sus ojos lastimeros!; con círculos morados,
del tono de las grandes violetas de *Aucamville*.

y, por último, en *Ultima verba*, donde parece escucharse *el son dulce, acordado del plectro sabiamente meneado*, de Fr. Luis de León, así por la forma, como por la sencillez y elevación de las ideas y la serenidad y «el almo reposo» del espíritu y la letra:

«Goce yo de la Muerte,
con un tiempo bastante, la llegada;
con el ánimo fuerte,
con paz asegurada,
y en la paz de la noche sosegada...»

Mas ni toda piedra, y casi no necesitaba decirlo, golpeada por el acero, suelta lumbres, ni toda cuerda, herida por el arco, es capaz de estremecer los aires, poblando el espacio de armonías, como ni todo espíritu, flagelado por el dolor, es bastante fuerte y noble para levantar su vuelo á regiones más altas y, por lo mismo, más puras. Para ello es preciso, concretándose al caso de Fernández Shaw, que en ese espíritu aliente, duerma ó sueñe un poeta que, como el autor de *Poesía de la Sierra* y *La vida loca*, haya nacido para sentir los halagos de la belleza y gozar de sus esplendores, y que este poeta, dotado de gran capacidad receptiva, nunca se satisfaga con las bellezas de acá abajo y sienta nostalgias de otra belleza y de otros mundos. Tal le sucede á Fernández Shaw. ¡Qué excelso poeta! ¡Cómo y con qué fuerza siente la belleza dondequiera que la belleza exista! ¡Cuál sabe acomodarse á todos sus tonos y grados! Así como así, atrás quedan ya muestras de la variedad de temas y metros que comprende este volumen. Por ellas, aunque pocas, tomadas casi al acaso, y algunas no por cierto de los mejores modelos, podrá verse que Fernández Shaw pulsa todas las cuerdas, liba el jugo de la belleza en todas las flores y canta en todos los tonos.

Sobre todo, como poeta descriptivo apenas tiene rival. *La clásica siesta*, soberbio cuadro de luces, *Otoñal*, *Campo solemne* y *Las barcas ciegas*, entre otras que me callo, son magnífica, soberana prueba de lo que digo. En tal concepto, la fantasía de Fernández Shaw es á modo de un prisma de rara pureza que devuelve, descompuesta en to-

dos sus colores y matices, toda la luz que recibe. Es en este terreno, y siempre que bucea en la hermosura de la vida campestre, cuando el cantor de *Poesía de la Sierra*, alma intensamente enamorada de la Naturaleza, que llama padre al sol, se manifiesta, á mi juicio, más grande poeta. *Poemas rústicos* y *Romances serranos* tienen la pureza de la leche recién ordeñada, la frescura y el perfume de las rosas silvestres acabadas de abrirse y el sabor de la miel virgen; son deliciosas sinfonías que yo no me canso de leer y recitar. Este es mi poeta.

Pero en *La vida loca*, que ya dije ser muy superior á *Poesía de la Sierra*, suenan cuerdas y vibran acentos que no parecen ser del arpa del tierno y melancólico cantor de *Las Violetas de Aucamville*, y los cuales justifican una vez más el título que lleva el volumen. Esos acentos, de patriótico ardor, del alegría del vivir, de fino y sano humorismo ó de blando y regalado amor, son como rayos de luz que se filtran por entre el bosque de *In memoriam*, *Las horas negras*, *Visiones trágicas* y *Vida y muerte*, que son otras tantas secciones de las en que se halla dividido el libro. Así, *La maja de los sainetes* es una composición llena de donaire y gracia, que trae involuntariamente á la memoria el traje de luces y el mantón de Manila. De *Canto á mi tierra* yo no sé decir más que esa tierra es Andalucía, la del cielo puro, sol espléndido, frutas exquisitas y mujeres llenas de sal, y el que la canta es un andaluz

al que abruma los pesares,
y traspasan los dolores,
en las márgenes sin flores
del humilde Manzanares.

A media voz contiene unos *Madrigales* en que se percibe el suave aliento y el plácido aroma de un amor puro:

Mírame así, mi encanto.
Mírame así, y en la adorable calma
de estas horas de amor suene mi canto...
Mirémonos, besémonos, en tanto,
¡con un beso de luz! ¡alma con alma!

Tragedias para reir, que como obras de inspiración poética valen poco, son un gran acierto; la semblanza de los tres poetas, el clásico, el romántico y el modernista, es muy propia, hasta en el estilo poético.

Mas donde Fernández Shaw ha hecho un alarde de lo mucho que puede, demostrando que le sobran alientos para hacer sonar, como el dulce caramillo, la trompa épica, es en *Los Ciclopes*, poema de gran extensión, que recuerda los robustos y grandilocuentes acentos de la

"El Adelantado de Segovia".

= 31 - Mayo - 1909 =

AL GRAN POETA
CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Con satisfacción no poca,
hace días recibí
su libro *La vida loca*
y de un tirón lo leí.
y encontré tan bello todo,
que prorrumpí al terminar:
— ¡Bendito el que de ese modo
sabe sentir y expresar!

Quien de esta manera brilla,
entrar puede en el Parnaso
llamando de tú á Zorrilla
y á fray Luis y á Garcilaso.

En ese libro asombroso
pinta usted, cual nadie sabe,
con su estilo prodigioso
castizo, fácil y grave,
el campo y sus alegrías;
del hondo mar las grandezas;
las dulces melancolías
de la sierra y sus tristezas;
las dudas que nos combaten;
las horas de calma hermosas;
los mil recuerdos que latén
en la vida de las cosas;
las torturas y tormentos
que, á todos roban la calma...
¡y dejan sus pensamientos
tal placidez en el alma
que cuando hago versos que
á todos causan horror,
recitando los de usted
se me quita el mal sabor!

Es ese libro un tesoro;
la fina labor, en suma,
del que es bueno y tiene de oro
el corazón y la pluma;
es un libro excepcional
que mezcla en sus armonías,
con noble arte señorial,
amargas y alegrías.

Solo otro, que alcanzó fama,
tantas bellezas encierra.
Salió hace poco y se llama...
Poesía de la Sierra.

Termino aquí y no le canso
más. Perdone, por favor,
este graznido de un ganso
que ha escuchado á un ruiseñor.

José RODAÓ.

musa de Herrera y de Quintana, aunque no la sonoridad del verso de ninguno de los dos. El primer canto, sobre todo, es verdaderamente de construcción ciclópea, y parece forjado á golpes de martillo. En el segundo y el tercero, la indignación patriótica del poeta va rompiendo en estallidos de maldiciones y anatemas algo así como por fuerza, y, no obstante que en ellos se hace eco el poeta de vulgares, y, por vulgares, infundadas acusaciones, á propósito para soliviantar ánimos, se advierte desde luego que Fernández Shaw no ha nacido para oficiar de Tirteo.

Repito, para concluir, lo que ya dije al hablar de *Poesía de la Sierra*. El autor de *La vida loca*, en buen hora lo diga, sigue adorando en la métrica clásica, en la cual se ha educado; pero, si bien con mucha cautela, da entrada á formas antiguas y á modernas innovaciones que, para mi gusto, están bien enterradas las unas y de sobra las otras. Aquí, á mi ver, está la causa de que muchas de sus mejores poesías no se peguen al oído, no obstante el exquisito cuidado que en la puntuación de todos sus escritos pone Fernández Shaw. Por este último concepto, sus poesías, mejor que las de ningún otro poeta, pueden servir de texto en las escuelas y centros de recitación y declamación.

Con este título acaba de publicar el insigne poeta Carlos Fernández-Shaw, un nuevo libro de versos, que es sin duda el mejor de todos los suyos, porque en él resplandecen las cualidades de su autor—que es ante todo y sobre todo un gran poeta lírico—con más libertad y más brío que nunca, pues el libro, á pesar de su título romántico y del tono y la tendencia de algunas de sus composiciones, es una obra de madurez y de plenitud.

De las tres joyas de la colección, que son á nuestro juicio las poesías tituladas *El salto del Niágara*, *Ancha Castilla* y *Canto á mi tierra*, reproducimos esta última, y al reproducirla, hacemos el mejor elogio del autor y del libro.

CANTO A MI TIERRA

A mi hermano Daniel de Yturralde.

¡Tierra mía! ¡Madre mía,
de mi amor! ¡Andalucía!
¡Oh, verje de los verjeles!
¡Encantada fantasía
de cristianos y de infieles!
¡Hija hermosa,
en un raptó de poesía,
de una diosa
caprichosa...
y del sol del Mediodía!
¡Oh, venero
de riqueza! ¡Oh, tesoro
de belleza! ¡Oh, mi encanto!
¡Yo te quiero!
¡Yo te adoro!
¡Yo te canto! ¡Pobre canto!
no lo acojas con desvío
porque es mío
y en mi amor á tí confía.
¡Con el alma te lo envío,
madre mía!

Pienso en tí y en tus amores
mientras sufro los rigores
de un invierno
que parece que es eterno;
y me abruma los pesares,
me traspasa los dolores,
en las márgenes sin flores
del humilde Manzanares.

...Y en el fondo de la inmensa
y letal melancolía
que en el alma se condensa,
como bruma, gris y fría,
cada día
más intensa;
evocada
por la fuerza del anhelo
con que el hombre que padece
busca un rayo de consuelo,
á mis ojos aparece
tu visión maravillosa
de improviso, y crece y crece...
¡dilatada y luminosa!,
y al conjuro
de tu mágica belleza,
toda el alma con mi canto
á vibrar, de pronto, empieza;
como el rayo de la aurora

31

que colora
desde lejos,
con la luz encantadora
de sus límpidos reflejos,
la enramada
por mil aves habitada,
desde el fondo de los nidos
removidos
por amantes aleteos,
de repente
se difunde en el ambiente
un torrente
de gorjeos!!

Ya no lloro, no suspiro.
Ya te miro,
con el gozo del amante
que, después de la jornada
fatigosa y prolongada,
torna al seno palpitante
de su amada.

Ya te miro,
y en mi amor á tí mi inspiro,
—¡oh, verjel de los verjeles,
encantada fantasía
de cristianos
y de infieles!—

desde el árido paraje
de las cumbres de la sierra
que dan fuentes á tus ríos
y linderos á tu tierra,
poderosos y bravíos,
hasta el fondo, siempre en guerra,
de arrecifes y bajos,
en las costas de tus mares,
¡al través de tus campiñas,
salpicadas de olivares
y de viñas!

¡Sa ve, reina destronada,
hermosísima Granada,
tú, la huri de las huries,
que enloqueces
á los míseros mortales
si amorosa les sonríes,
entreabriendo los corales
de tus labios carmesíes!

Salve, Córdoba, sultana,
musulmana,
que dormitas
á la sombra

de la cruz de tus ermitas,
en la alfombra
de tus campos, y despiertas
á los cánticos de amores
de los pájaros cantores,
moradores

de las frondas de tus huertas!

Salve, Cádiz, desgraciada,
tú, la fiel enamorada

y el amor del mar grandioso,
que te arroba los sentidos
con arrullos reprimidos
y rugidos
de coloso;

que sedienta de los besos
de sus olas,
que se rompen á tus plantas,
te adelantas

de las tierras españolas
hacia el mar, y al fin, á solas
con el mar, y en su regazo,
te confías

y te entregas á su abrazo!

Salve, Málaga, que sueñas
adormida por las coplas
de las dulces malagueñas,
perla rica; peregrino
don feliz, del mar latino
que á tus blancos piés se abate;
¡cuelo fértil!... para el vino!
¡cielo fértil!... para el vatel

Salve, mágica Sevilla,
maravilla
de bellezas y primores;
tú que das al ancho río
que se acerca á tí, diciendo
tu bondad, tu poderío,
tu saber,—y que se queja
de dolor, cuando se aleja
hacia el mar, porque te deja,—
más que orilla, á cada lado
de su cauce dilatado,
vistosísima guirnalda,
de colores
y de aromas, con tus flores,
y que elevas tu Giralda,
caprichosa y arrogante,
centinela vigilante
de tu honor, y de tu historia
que es honor del mundo entero,
como heraldo, pregonero
de tu gloria!

¡Campos ricos
de Jerez, donde se cría
vino excelso, que pelea
su color con el del oro,
su sabor con la ambrosía;
¡olivares de Montoro
y parrales de Almería!

¡Salve, salve, tierra mía!,
¡toda!, ¡toda Andalucía!,
con sus costas y sus mares,
y sus vegas y sus ríos;
sus cantares

ya risueños, ya sombríos;
sus leyendas de quereres
y de celos, casi moras;
sus bellísimas mujeres,
tentadoras;

las garridas malagueñas,
alto bien en lid de amores;
más hermosas, más risueñas
que la luz sobre las peñas,
ó las olas, ó las flores;

las alegres gaditanas,
tan nerviosas y tan finas;
las lozanas

y arrogantes granadinas;
las graciosas cordobesas,
las gentiles sevillanas;
las morenas jerezanas,
medio inglesas

y á la vez medio gitanas....

¡Salve, salve, Andalucía!

Tú, Poesía!

Tú, Alegría!

Tú, torrente de colores!

¡Explosión de resplandores

de la luz del Mediodía!

¡El amor de mis amores!

¡Madre mía!!

34

PAGINA LITERARIA DE EL ADELANTADO DE SEGOVIA

21 - 6 - 909.

VISIONES TRÁGICAS

CAMPO DE BATALLA (1)

Por aquí... Por allá... por este campo
la batalla rugió. Llegó de pronto
como tromba de acero. Con el ímpetu
de la tromba pasó. ¡Mirad en torno!
Ved los muertos en trágicas posturas.
Ved los muertos en trágico abandono.
Ved los heridos, á millares. Llenan
el aire triste con gemidos roncós.
Ved las huellas de carros y cañones.
Ved las muestras del bárbaro destrozo.
Aquí estallaron formidables bombas.
Ved los que abrieran tremebundos hoyos.
Aquí el incendio maltrató los campos,
y allí las casas convirtió en escombros.

La batalla pasó; mas todavía
ruge, á lo lejos, con rugidos sordos.
Huye también el sol... Súbito viento
conmueve el aire con ardientes soplos.
Parece, sobre el cárdeno horizonte,
por los términos vagos y remotos
en donde el sol se apaga, que se enciende
lumbre de tempestad... Destellos rojos,
frecuentes y vivísimos, alumbran
los campos grises y los cielos torvos.
Y es la tormenta la batalla..

¡Nunca
tan fiera tempestad vieron mis ojos!
¡Porque, más que las nubes, vibran rayos,
rayos de muerte los humanos odios!

Mas, ¿qué grupo, de sombras, en revuelto
lamentoso tropel, anima el fondo
de la vaga penumbra, suscitando
con su vivo correr nubes de polvo,
y allá de la batalla se desprende,
de la recia batalla temeroso?...
¡Vedle venir!

¡En loco torbellino
avanza, sin cesar, hacia nosotros!
Es un tropel de rápidos caballos
que, malheridos; sin jinetes, locos,
escapan á las furias del combate,
todos sangrientos, espantados todos...
Vedlos correr; correr enloquecidos;
vedlos saltar; con saltos espantosos;
huyendo de las furias de los hombres
que sacian, con sus vidas, sus enconos.
¡Vedlos, vedlos, llegar!

Miles de heridos
claman y claman, con gemidos roncós...
Huye; se oculta el sol... Súbito viento
conmueve el aire con ardientes soplos...
La batalla, terrible, todavía
ruge, á lo lejos, con rugidos sordos...

Y sobre el campo que asoló, el combate,
por el aire que rasgan los sollozos;
como visión de horrenda pesadilla
pasa el tropel de los caballos locos...

Carlos FERNANDEZ SAHW

(1) Del hermoso libro «La vida loca», publicado recientemente.

"Los lunes de El Imparcial"

28-6-909.

REVISTA LITERARIA

La vida loca, libro de versos, por Carlos Fernández Shaw.—Madrid, sucesores de Hernando, 1909

El dolor es de tan generosa condición, que de su propio mal saca el bien ajeno: enseñanza moral ó deleite artístico. Esa transmutación del dolor en sentimiento artístico, que va desde el horror trágico hasta la suave melancolía que nos dejan las elegías líricas, es á mi modo de ver una de las pruebas psicológicas de que el hombre—el hombre que ha creado la civilización—es una derogación de la Naturaleza. La Naturaleza debería inspirarnos una repulsión hacia el dolor, semejante al horror al vacío de que hablaban los antiguos físicos, y sin embargo, el dolor nos atrae y pone en sus tormentos una extraña y secreta dulzura. Parece que vemos en él la imagen de nuestro Destino, el compañero forzoso de nuestra peregrinación por el mundo.

Por esta noble Musa del dolor están inspiradas muchas de las composiciones que ha reunido Carlos Fernández Shaw en su nueva obra: «La vida loca», libro de versos, como el autor sencillamente la llama, aunque los metros no sean allí una vana forma, sino el estuche de una gran riqueza espiritual. Si no fuese inhumano, deberíamos alegrarnos de que poetas y artistas hubiesen sentido esa palpitación acerba del dolor, gracias á la cual el patrimonio estético y mental de la humanidad se ha enriquecido con muchas soberanas obras.

El simbolismo del título, porque sentido simbólico tiene además del llano y directo, está compendiado en las composiciones tituladas «La tarde loca» y «La vida loca», que, puestas al principio y al final del libro, son como hitos ó jalones, por entre los cuales corre la vena poética de esta bella lamentación de los dolores de la vida. No se trata aquí de locuras humanas, sino de la locura y veleidad del azar:

.....
Dice el poeta:

Por todo el paisaje que abarcan mis ojos,
suscitan batallas la luz y la sombra;
no bien un momento, las luces dominan,
las sombras, que llegan, al punto las borran.

Hay valles alegres; hay cumbres ceñudas,
tocadas con velos de grises vapores.

A poco, los valles se vuelven sombríos,
y el sol, que los deja, corona los montes.

Y es todo por obra del rápido viento,
que lleva, que agrupa, que rasga las nubes;
así como cambia la frívola suerte,
la suerte del hombre, que goza..., que ~~sufre~~...

¡Qué duros contrastes! En pocos momentos
el sol y la lluvia; dolor y alegría;

la tarde doliente, la tarde que ríe...

¡Qué tarde tan loca! Parece mi vida.

En estos versos está el alma dolorida del título y del libro. El sentimiento de la vanidad de la vida, que ha sido y seguirá siendo uno de los grandes temas de meditación de los espíritus superiores, fuente de inspiración de filósofos y poetas, es como el acorde ó nota fundamental que marca el tono en este libro. Los demás sentimientos capitales que aparecen inspirando estos versos son concurrentes con aquél ó de él se derivan. Tal el anhelo de paz, de una onda de calma, que aplaque las angustias del espíritu; tal la faga del bullicio ciudadano para buscar refugio en la vida quieta de la aldea; tal el amor á los paisajes melancólicos, donde todo es inmovilidad y parece parado el tiempo.

Cada vida tiene su drama y los más agudos y dolorosos suelen ser los dramas sin argumento, en que no hay personajes ni sucesos, ni más que un espíritu que se da tortura á sí mismo. Presencia y angustia de la muerte, dolor de envejecer, de ver cómo nos disolvemos y nos marchitamos perdiendo lo máspreciado: fuerza, belleza, arrogancia, ilusión; zozobra de un oscurecer del espíritu, desesperanza en nosotros mismos... Estos dramas subjetivos que atormentan á los espíritus cavilosos, de una sensibilidad enferma á fuerza de ser delicada, son á veces más terribles que los dramas objetivos y externos en que luchamos con los hombres y las cosas y no con nosotros mismos, y en que caben las reacciones del brazo y del espíritu, porque no tenemos enfrente el fantasma impalpable de una obsesión, sino algún enemigo tangible á quien podemos herir, á quien podemos vencer acaso.

Ese drama interior es el que palpita en los versos de Shaw, muchos de los cuales son de una hermosura trágica y conmovedora. Tiene esta poesía una agudeza psicológica, una doliente sensibilidad, una atormentada inquietud que contrasta vivamente con el equilibrio, robustez, y armonía de la forma. La rima, en el libro de versos de Fernández Shaw, es como un edificio clásico, habitado por aparecidos y trastos, por fantasmas dolientes que nos atraen quizás más que la bella y serena traza de la fábrica métrica. Esos versos impecables, de una sonoridad rotunda y magnífica, de una expresión firme y precisa, labrados en el yunque de la antigua poesía castellana, están proclamando la salud espiritual del poeta y diciéndonos que las nieblas é inquietudes que le atormentan son negocio del sentimiento y de la fantasía más que de la inteligencia. El drama interior de las almas demasiado sensibles y aprensivas del dolor, es el antiguo drama de la posesión, despojado del aparato diabólico, modernizado, trocado de maravilloso en natural.

En este libro ha reunido Carlos Fernández Shaw composiciones de diversas épocas. La vocación poética apuntó en él muy temprano, y fué también temprana su celebridad. Pero no ha sido uno de esos poetas precoces que alcanzan muy mozos un pasajero renombre y luego desaparecen sin que volvamos á saber de ellos, porque las atenciones prácticas de la vida les apartan de lo que fué en el abril de sus años devaneo literario más que rendido amor á las Musas, y acaso vejetan luego en alguna provincia ejerciendo de registradores ó notarios. La vocación poética de Fernández Shaw ha sido constante, y le ha acompañado á todas partes: al periodismo, al género chico, que ennobleció con un rastro de poesía. Aún le recuerdo, cuando apenas nos apuntaba el bozo, leyendo en el Ateneo, de cuya sección de literatura ha sido después presidente, algunas hermosas composiciones suyas, que anunciaban ya á un gran poeta, entre ellas la oda «Al salto del Niágara», que reaparece ahora en «La vida loca», agrupada con otras composiciones bajo la rúbrica de «Mocedades», y que nos permite apreciar lo intensamente lírico que es este poeta, en cuyas descripciones hay siempre un pensamiento moral presente en las imágenes sensibles, aun siendo éstas tan grandiosas como la del Niágara. Lo mismo se observa en las composiciones tituladas «Poemas rústicos», en «La copla lejana», en «Monte arriba» y en otras poesías de esta colección. El paisaje, en Fernández Shaw, no es meramente obra descriptiva, sino paisaje psicológico que nos ofrece una sensación espiritual, paisaje poblado á veces por figuras eglógicas ó por imágenes históricas, pero siempre también por anhelos del alma y proyecciones del espíritu.

«La vida loca» se divide en buen número de secciones: «Mocedades», «Cantos y canciones», «In memoriam», «Tragedias para reir»,

«Las horas negras», «Poemas rústicos», «Nuevos cantos», «Visiones trágicas», «Los ciclopes», «Romances serranos», «Vida y muerte». Para citar las poesías que descuellan en estos grupos, sería menester bastante espacio. Me limitaré á mencionar, casi al azar, «El canto á mi tierra» y «La clásica siesta», composiciones de una agilidad y un movimiento rítmico extraordinarios; «La maja de los saínetes», evocación goyesca de la España vestida de medio pasc; los delicados madrigales de «A media voz»...

Como arrullo quisiera
que mi acento sonara,
de ritmo dulce, de cadencia clara;
caricia de los céfiros, ligera
caricia temblorosa que pasara
como pluma de cisne por tu cara.

La tierna lamentación al hijo muerto de «La primera visita» y «Beati possidentis», poesía esta última donde el dolor tiene una punzada de desgarradora ironía; «Campo solemne» y «La copla lejana», que dan la sensación melancólica del austero paisaje castellano, de las vastas llanuras y los lejanos horizontes llenos de espíritu; «Los muertos vivos», que expresa la punzante obsesión de la locura; «Los ciclopes», que recuerda el tono de los grandes satíricos morales españoles; «Tragedias para reir», tríptico en que el mismo asunto aparece tratado por un poeta clásico, un poeta romántico y un poeta moderno. Mucho podría prolongar esta cita, en que no hago una selección, sino que desgrano el recuerdo.

«La vida loca» puede ponerse al lado de «Poesía de la sierra»—el anterior volumen de versos de Carlos Fernández Shaw,—por la perfección métrica y lo elevado de la inspiración, pero el cuadro es más vasto, y en él se agitan más sentimientos é imágenes. Libro propio para agradar á públicos diversos, los aficionados á la antigua poesía castellana, que fruncen el ceño ante las rimas revolucionarias de los modernistas, aplaudirán en él la clásica arquitectura de los metros, mientras los espíritus modernos hallarán en los estremecimientos del alma atormentada que se asoma á estas poesías, una inquietud psicológica muy de nuestro tiempo. En este sentido, el libro de Shaw se aproxima á lo que pedía la bella sentencia de Andrés Chenier:

«Sur des penses nouveaux faisons des vers antiques», que es todo un programa de poesía.

E. Gómez de Baquero.

LA MAJA DE LOS SAINETES (1)

¡Paso á la maja hermosa, la flor y
 [nata
 del pueblo del sainete, puro, y castizo;
 la que á tantos aturde, la que arrebató
 con su imán á los hombres y con su he-
 [chizo;
 la que, envuelta en las ondas de la man-
 [tilla,
 que es marco de su cara, fresca y graciosa,
 cruza de calle en calle la alegre villa,
 con talante de reina, con faz de diosa;
 con su falda ceñida, de medio paso,
 para que se atortolen sus madrileños;
 con sus finos chapines de terso raso,
 que aprisionan y calzan sus pies peque-
 [ños;
 con el tallo y el busto lleno de flores,
 sus únicas rivales sobre la tierra;
 con sus labios, que ríen, pidiendo amo-
 [res;
 con sus negros ojos, pidiendo guerra!

La persiguen, la acosan, á los reflejos
 de la luz que se escapa de su figura,
 ¡sus hombres!: sus galanes ó sus corte-
 [jos.

los mil adoradores de su hermosura;
 cuantos al lado suyo gozan y alientan;
 cuantos en torno suyo sus galas miran,
 sus donaires ensalzan, sus glorias cuen-
 [tan,
 y en su amor, que es de fuego, su amor
 [inspiran.

¡Pueblo de los sainetes, eternizado
 por el gran sainete, y ennoblecido
 El airoso chispero, tan bien plantado,
 y el manolo de rumbo, tan bien vestido;
 el guapo macareno jacarandoso,
 prendado de sus dichos y de su porte;
 el oficial de Guardias, presuntuoso;
 el alcalde ladino de Casa y Corte;
 el escribano alevé, y el mal tendero
 que á las artes de Caco pone remate,
 y el bailarín, y el paje y el botillero,
 y el sagaz rapabarbas, y el fino abate,
 más la turba famosa de petimetres,
 con tantos requisitos acicalados;
 de ropas aromadas, turbios caletres,
 modales indigestos y remilgados,
 y el sagaz rapabarbas, y el fino abate,
 ojos de que el orgullo se enseñorea...
 prodigios, en resumen, de tal finura,
 que es milagro que el viento, si los oréa,
 no los quiebre de pronto por la cintura.

¡Paso á la maja! ¡Paso! ¡Miren su tallo!
 ¡Miren su cuerpo! ¡Miren su cara hermosa!
 Chisperos y manolos: abridle calle
 y tended á su plantas la capa airosa.
 Que sus ojos la miren; sus dos portentos.
 Que con sus pies la huelle, pies tentadores.
 Como á su paso brotan flores á cientos,
 la librareis del paso llena de flores.
 Es ella, con sus gracias tan españolas,
 de majezas y rumbos pródiga suma;
 es ella, de manolos y de manolas,
 espuma de su pueblo, la sal de espuma;
 tan feliz en sus jiras, las populares,
 en que bulle, de gozo, su sangre roja,
 por los sotos alegres que Manzanares
 con sus hondas humildes apenas moja;
 tan gentil en los bailes, fiestas bizarras,
 en sus casas vetustas de los Madriles,
 ¡al son de las vihuelas y las guitarras!
 ¡con luces de velones y de candiles!

(1) De «La vida loca», nuevo libro del que he-
 mos de ocuparnos en breve.

Más que todo el encanto de sus ternu-
[ras,
vale de sus arrestos la bazarria;
más que por el encanto de sus hechuras,
vence por el hechizo de su alegría.

Si ha de querer á un hombre, querer
[eterno,
Si olvidarlo, borrarlo de la memoria.
Para sus amarguras, quiere el Infierno;
para sus ilusiones, quiere la Gloria.

Y así va, tan alegre; por la desgracia,
por el mal, por el hombre, nunca vencida;
con su cara de cielo, flor de la gracia;
con su cuerpo de rosas, flor de la Vida.

Y así va por el mundo; señora y reina,
que rinde y esclaviza con dulces lazos.
El hombre zalamero... que la despeina,
ya no quiere más trono que el de sus bra-
[zos.

Con querer... sin ellos; con los sentidos
transtornados ó en calma; triste ó risueña,
sus encantos famosos, reproducidos,
hoy nos dá, con los suyos, la madrileña.

El tipo de la maja préstale forma;
por él, y en el arroyo, de nuevo crece;
con su clásico rumbo, que se transforma,
pero no, porque cambia, desaparece.

¡Paso á la maja! ¡Paso! ¡Miren su talle!
¡Miren su cuerpo! ¡Miren su cara hermosa!
Manolos y chisperos: abridle calle
y tended á sus plantas la capa airosa.

¿Dónde está Abril más florido que sus
[abrilés?

¿Quién su amor, cuando pasa, no la so-
[mete?

¿Quién, con grandes ensueños, los ju-
[veniles

la gloria de su abrazo no se promete?

¡Vitor, la buena moza de los Madril!

Musa del sainetero, Sol del sainete!

Carlos FERNANDEZ SHAW

Autógrafo de la poesía de Rodas.

Al gran poeta
Carlos Fernández Shaw.

Con satisfacción no poca,
hace días recibí,
en libro la vida loca
y de un tirón lo leí,
y suenente tan bello todo,
que me interrumpí al terminar:
¡Bendito el que de su mundo
sabe sentir y expresar!
Quien de esta manera bella,
entus puede en el paririo
llamarse de tu a Parrilla,
y a hoy día y a paririo ;

En su libro encuentro
muerta vital, suac iradie sabe,
en su estilo, prodigioso,
castro, fácil y opaco,
el siempre y su alegría,
de los susos susos susos grandes;
los dulces melancólicos
de la tierra y sus tristezas;
las duelas que sus combaten;
las horas de calma hermosas;
los mil recuerdos que laten
en la vida de las cosas;
las torturas y tormentos
que a todos rodean la calma
y dejan sus pensamientos
tal placidez en el alma,

"El globo"

Sábado 15 de Mayo de 1909.

LECTURAS

LA VIDA LOCA

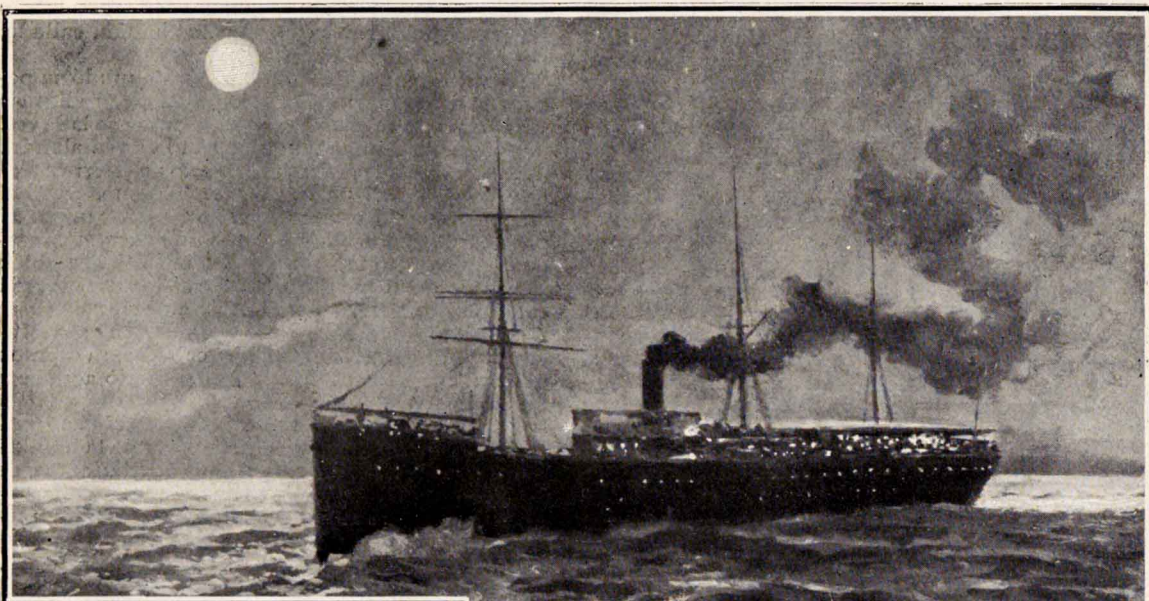
Libro de versos de Carlos F. Shaw.

Quiere el maestro mantener á su musa excelsa en el ejercicio de la soberanía de la métrica castellana que por derecho propio le pertenece años ha. Así es que aun no extinguidos los aplausos á su *Poesía de la Sierra*, nos da *La vida loca*, prometiendo *Poemas dramáticos* y *Poesía del mar*. Labor tenaz es esta que debemos agradecer y premiar, porque frente al decadentismo, al amaneramiento, al empobrecimiento creciente de nuestra lírica, juzgando por los trabajos de la gente que se llama joven é innovadora, menester son los esfuerzos de los contados luchadores que como Fernández Shaw no ceden, no transigen, no se rebajan, no abandonan un momento el culto de lo bello y de lo bueno, continuando las puras y serenas tradiciones de los grandes líricos, orgullo del idioma.

En *La vida loca* y cómo actuando en oposiciones á demostrar pleno dominio de la técnica del bien decir en todas las formas, estilos, metros y ritmos, derrocha Fernández Shaw la difícil facilidad suya de versificar mágicamente ideas y sentimientos acoplando á unos y otros las palabras, los vocablos, los indispensables signos de expresión, porque no es de los que usan y abusan de la palabrería efectista y relumbrona. Desde el verso de tres sílabas al alejandrino con recargos; desde la frase rotunda y la adjetivación exacta y vibrante, á la vaguedad liliácea inexpresiva, distintivo de eso que llaman por ahí poesía de ensueño, el maestro lo acomete y realiza todo y en todo sobresale, pero es mayor su triunfo en lo suyo, en lo castizo, en lo viril, en lo que es de raza y de vocación.

La vida loca es un alarde de poeta que el público ha recibido cariñoso. Alardes así nos son de mucha necesidad. Hay que afirmar, acaso más frecuentemente de lo creible, nuestra personalidad literaria con obras palpitantes de energía, de valentía, de varoniles arrestos; porque sino entre los opalescentes aquí anidados y sus imitadores del nuevo mundo, nos harían avergonzar de ser españoles.

M. L. C.



EL TRASATLANTICO

Cortando las aguas—con rápido empuje,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar.
La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven,
y arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.

La mar está llena—de vivos reflejos.
Sembrada parece—de puntos brillantes.
La luz de la luna,—serena, magnífica,
la esmalta con tonos—de nácar y azul.
La brisa, que pasa—rozando las ondas,
mil chispas en ellas—enciende y apaga.
y el buque grandioso,—cuajado de luces,
desprende á su paso—regueros de luz.

El buque navega—cuajado de luces.
Las lleva en sus palos,—cual ojos atentos;
las deja que partan—por cien claraboyas,
sus negros costados—con blanco fulgor.
El humo que lanzan —sus dos chimeneas
se queda un momento—prendido del aire;
se esponja, se rompe,—se va disipando...
y en tanto la nave—se aleja veloz.

¡Qué hermosa es la nave!—¡Qué rápida sigue,
cual rápida flecha,—su largo camino!
¡Vestida con rayos—de luz de la luna,
retando á los vientos,—señora del mar!
Sus hélices giran—con vértigo loco,
prestándola impulsos—de rayo que corre...
y *allá va la nave*,—que dijo el poeta.
¡*Allá va la nave!*—¿Quién sabe *do va?*

¿*Do va?* Desde Europa,—cortando las aguas,
á América vuelve.—De un mundo ya viejo
y un mundo muy, joven,—risueño, plétórico
de múltiples fuerzas,—es lazo de unión.
De dos continentes—concierta la vida.
Por ella se cambian—sus bienes preciados.
¡Por ella sus hijos—se juntan y entienden!
¡Es obra del hombre,—dictada por Dios!

El buque navega—cuajado de luces.
La cámara alegre,—con risas vibrantes
y voces de fiesta—y al son de la música,
entona sus himnos—de amor y placer.
Y allá por la triste—cubierta de proa,
los pobres que sufren,—los parias que emigran
llorando nostalgias—del suelo nativo,
sus patrias canciones—entonan también.

.....
La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven.
Arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.
¡Y en tanto, partiendo—las aguas dormidas,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar...!

G. FERNANDEZ-SHAW

DIBUJO DE MARTÍNEZ ARABES

6 - Junio - 1909.

La vida loca

Versos de Fernández Shaw.

Los amantes de la poesía están de enhorabuena. Carlos Fernández Shaw ha dado á la publicidad una nueva obra que viene á ser una demostración más de la genial inspiración y del absoluto dominio de la rima que posee el insigne vate.

La vida loca se titula el libro que nos ocupa, y está constituido por cerca de cincuenta composiciones, bellísimas todas, y de complejidad tan extraordinaria, que justifican perfectamente el título genérico bajo el que han sido presentadas.

Muy reciente todavía la publicación de su preciosa *Poesía de la Sierra*, podía temerse que en *La vida loca* se mostrase Fernández Shaw dominado todavía por el amargo y melancólico ambiente de que toda aquella obra hallase impregnada; pero no es así.

Es un nuevo poeta el de *La Vida Loca*, poseído de un consolador y confortante optimismo, que va desparramando por todas sus poesías, sin que solo muy de tarde en tarde aparezca dominado por el desaliento ó el dolor.

Hablar aquí de los gallardos alardes de colorido de que en sus composiciones hace gala el autor, de sus delicadas y tiernas añoranzas, de la grandiosidad y verdad con que describe á la naturaleza, de su exuberancia lírica, de su léxico elegante y castizo y en suma de todos aquellos resortes cuyo secreto y dominio solo están reservados á los verdaderos poetas, á los poetas como Fernández Shaw, sería el cuento de nunca acabar.

Desde *La tarde loca* que viene á ser un compendio del espíritu del libro hasta *La última verba* delicada y sentida composición en la que el poeta resignado y con la tranquilidad del justo expresa como desea morir y su esperanza de otra vida mejor, todo el libro es un conjunto de insuperables primores, con cuya lectura se deleita el espíritu trasportándole unas veces la fantasía del poeta á las más encantadoras regiones y haciendo desfilar, otras, ante su vista tipos y paisajes descritos con tan pasmosa fidelidad y justeza que sólo en la naturaleza misma pueden hallar igual.

Indudablemente la poesía no está llamada á desaparecer, por lo menos mientras existan poetas tan fecundos é inspirados como Fernández Shaw.

Vaya como muestra de las hermosas composiciones que contiene el libro la que se titula *El Trasatlántico*, que escogemos por la afinidad que tiene con la índole de nuestra publicación.

EL TRASATLÁNTICO

Cortando las aguas—con rápido empuje.
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar.

La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven,
y arriba, en los cielos.—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.

La mar está llena—de vivos reflejos.
Sembrada parece—de puntos billantes.
La luz de la luna,—serena, magnífica,
la esmalta con tonos—de nacar y azul.

La brisa voluble.—rozando las ondas,
mil chispas en ellas—enciende y apaga,
y el buque grandioso,—cuajado de luces.
desprende á su paso—regueros de luz.

El buque navega—cuajado de luces,
Las lleva en sus palos,—cual ojos atentos;
las deja que partan,—por cien claraboyas,
sus negros costados—con blanco fulgor.

El humo que lanzan—sus dos chimeneas
se queda un momento—prendido del aire;
se esponja, se rasga,—se va disipando...
y en tanto la nave—se aleja veloz.

¡Qué hermosa es la nave!—¡Qué rápida sigue
cual rápida flecha—su largo camino!
¡Vestida con rayos—de luz de la luna,
retando á los vientos,—señora del mar!

Sus hélices giran—con vértigo loco,
prestándola impulsos—de rayo que corre...
y *allá va la nave*,—que dijo el poeta.

¡*Allá va la nave!*—¿Quién sabe *dó va*?
¿*Dó va*? Desde Europa,—cortando las aguas,
á América vuelve.—De un mundo ya viejo
y un mundo muy joven,—risueño, pletórico
de múltiples fuerzas,—es lazo de unión.

De dos continentes—concierta la vida.
Por ella se cambian—sus bienes preciados.
¡Por ella sus hijos—se juntan y entienden!
¡Es obra del hombre—dictada por Dios!

El buque navega—cuajado de luces.
La cámara alegre,—con risas vibrantes,
y voces de fiesta,—y al son de la música.
entona sus himnos—de amor y placer.

Y allá, por la triste—cubierta de próa,
los pobres que sufren,—los parias que emigran,
llorando nostalgias—del suelo nativo,
sus patrias conciones—entonan también.

.....

"Las Provincias" de Valencia - 6 de Julio 1907. —

Algo de poesía

ESTIVAL

Deslumbra tanto el sol, que no lo mira
ni el águila caudal, reina del viento.
Esmaltando el azul del firmamento,
entre incesantes llamaradas gira.

Todo es luz y es aroma; ¡todo inspira!
Y sopla el aire perezoso y lento,
como si fuera el fatigado aliento
con que la tierra, en el sopor, respira.

Y tú, mi encanto, la mujer que adoro,
surges en esta atmósfera de oro,
llena de luz, de cálidos efluvios,
como Visión y Musa del verano,
¡con un ramo de espigas en la mano
y una amapola en los cabellos rubios!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Las violetas de Aucamville

I

En Tolosa de Francia se dan las más fragantes y espléndidas violetas del mundo. Yo las vi, —llevado por mis males á Tolosa, la insigne— llenando con sus flores los campos de Aucamville.

¡Oh, violetas famosas de Aucamville; las violetas más finas y fragantes que brotan bajo el sol!; ¡nuncios de primavera bajo el sol del invierno!; ¡violetas hermosísimas de penetrante olor!

Oh, flores encantadas, que en momentos de angustia me hablasteis, cariñosas, de ventura y de paz!; para mis hondos males, flores de la esperanza; para mis hondas penas, flores de la piedad:

os rindo en la memoria, con mis recuerdos, culto. Vosotras me infundisteis el ansia de vivir, cuando la muerte ansiaba. La Virgen os bendiga, ¡mi Virgen!; ¡oh fragantes violetas de Aucamville!

II

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona, dilatado y profundo, con grave majestad; «el Garona opulento», con quien ruedan las aguas de tantos nobles ríos al opulento mar...

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona, bajo puentes soberbios. ¡Gran río! Yo lo vi, —cuántas y cuántas veces—, con miradas inquietas, sintiendo las torturas del ansia de morir.

Bajo el puente de hierro, por mí aún preferrido, llegan sus turbias ondas con un intenso hervor. Dejan, momentos antes, los mares de una presa y aún dura su terrible febril agitación.

Llegan sus turbias ondas, con filetes de espuma, temblorosas de rabia, sin cesar de rugir; con densos tonos verdes, ó con tonos morados; los tonos de las grandes violetas de Aucamville.

III

¡Oh, puente inolvidable! Bajo tus arcos recios miraba yo las aguas del Garona pasar, y un impulso terrible me empujaba á sus ondas; ¡el impulso funesto de un dolor sin piedad!

Y entonces fué que, un día, cuando un supremo arranque me impulsaba á las ondas, ¡á la muerte, por fin!, miré bajo las aguas cabezas infantiles con ojos lastimeros, alzados hacia mí...

¡Los rostros de mis hijos! ¡Sus rostros! ¡Sus miradas, rasgando de las ondas la espuma y el hervor!... Y entonces fué que, dando mis penas al olvido, juré vivir por ellos, juré sufrir por Dios!

Por Dios, que en tal instante su aliento me infundía. Por ellos, que elevaban sus ojos hacia mí; ¡sus ojos lastimeros!; con círculos morados, del tono de las grandes violetas de Aucamville.

IV

Desde entonces, las finas y olorosas violetas me prestaron sus gracias, con piadosa bondad. Respirando su aroma, renovaba mis bríos, y enseñaba á mis penas el deber de esperar.

Ellas fueron presente que los cielos me hacían. Ellas fueron mensaje que á mis hijos mandé. Yo las traje conmigo bajo el sol de la patria. Si las glorias me asisten, ellas son mi laurel.

¡Oh, violetas fragantes y exquisitas! ¡Violetas de Tolosa de Francia, que me hicisteis vivir! ¡Oh, promesas hermosas, bajo el sol del invierno, de los gozos, las auras y las flores de abril!

Como en sueños me llega, desde allá, vuestro aroma; como en sueños vislumbro vuestros campos en flor.

¡Oh, terribles instantes! ¡Oh, funesta locura! ¡No volváis á mi vida! ¡Por mis hijos! ¡Por Dios!

Carlos Fernández Shaw

44

"Nuestro Tiempo" Junio 1909

LA VIDA LOCA, libro de versos, por Carlos Fernández-Shaw.—Madrid, 1909.

Ya en otras ocasiones pudo parecerme haber agotado los elogios, tan justos como sinceros, á este esclarecido poeta.

A cada nuevo libro suyo me parece, sin embargo, que no lo he alabado bastante. Tal ahora con este, *La vida loca*.

Mas ¿para qué repetir adjetivos y alabanzas? El mejor homenaje para este libro es describir cualquiera de sus composiciones.

Véase esta:

CAMPO SOLEMNE

Á Luis Brun.

Campo que apenas profanan los pasos del hombre
próvido campo, distante de pueblos y aldeas,
campo solemne, de montes poblados de encinas:
cuán á mi gusto requiero la noble compañía,
cuán á mi gusto me siento yacer en sus brazos.

Campo solemne, radiante mañana serena:
¡salve! La tierra y el cielo magnífico: ¡salve!

Todo parece dormir en dulcísima calma;
todo parece tocado del sumo reposo;
todo parece suspenso por obra de encanto:
cielos azules, que el sol con sus rayos esmalta;
plácidos aires, que infunden suprema delicia;
luengas quebradas, que el sol brillantísimo dora;
tétricos árboles rígidos, hierbas inmóviles;
ondas en charcas, de tonos metálicos; ondas
quietas y azules, pedazos de rotos espejos...

Nada se mueve. No empañan la gloria del día
nubes errantes, ni vagos cendales de bruma.
Brilla, sin mancha, la azul claridad de los cielos
—toda bañada de sol— ¡con azul de turquesa!

Grave preside la fiesta del campo solemne
un deleitoso, profundo y amigo silencio,
no conmovido siquiera por leves murmullos.
¡Oh, la inefable quietud de los plácidos aires!
¡Oh, la adorable quietud de las tierras tendidas!
¡Oh, cuán amable, piadoso, divino silencio,
sumo regalo de Dios á las almas que sufren!

Rasgan, de pronto, las ondas dormidas del aire;
vibran de pronto, solemnes, lejanos, lejanos...,
sones diversos de muchas y muchas esquilas.
Llegan, rasgando las ondas del aire sereno;
llegan, turbando la paz de la tibia mañana.
Van desgranando sus notas... Y van acercándose,
lentos, solemnes...

Anuncian un grande rebaño.

Ya por el monte diviso las reses que avanzan,
 lentas, lentísimas; cuándo, por gratas penumbras;
 cuándo, bruñidas á fuego, del sol que las dora,
 cuál, que el regalo del pródigo suelo prefiere,
 muere, con ansia, rompiendo sus húmedas hierbas;
 cuál, vanidosa, con aire de reto se planta;
 cuál, por el campo la vista curiosa revuelve;
 cuál, avispada, batiendo sus lomos, sacude,
 látigo vivo, de cabo revuelto, su cola.

Ved, entre tanto, saltar á los lindos terneros.
 Ved, entre tanto, correr á los fieros mastines.
 Ved, entre tanto, comer á los recios pastores.

Paz infinita del cielo radiante descende.

Ora parece que el monte, poblado de encinas,
 late con hondos, y firmes, y sanos latidos.

¡Oh, la solemne visión de la vida del campo!
 ¡Oh, la solemne visión de la vida robusta!

Ved á las vacas,—vestidas de pelo brillante,
 finas de remos, hermosas, de nobles testuces,—
 ved cómo gustan del breve, sabroso descanso.
 Cuál, en las ondas azules de aquel regatillo
 calma la sed que secara sus trémulas fauces;
 cuál, á las ramas del árbol, y al fruto que brindan,
 alza, con bella postura, la armada cabeza,
 breve tumulto de ramas hojosas moviendo;
 cuál que el regalo del pródigo suelo prefiere,
 muere, con ansia, rompiendo sus húmedas hierbas;
 cuál, vanidosa, con aire de reto se planta;
 cuál, por el campo la vista curiosa resuelve;
 cuál, avispada, batiendo sus lomos, sacude,
 látigo vivo, de cabo revuelto, su cola.

Ved, entre tanto, saltar á los lindos terneros
 ved, entre tanto, correr á los fieros mastines,
 ved, entre tanto, comer á los recios pastores.

Paz infinita del cielo radiante descende.

Ora parece que el monte, poblado de encinas,
 late con hondos, y firmes, y sanos latidos.

¡Oh, la solemne visión de la vida del campo!
 ¡Oh, la solemne visión de la vida robusta,
 sana y alegre que el sol alimenta!
 vida, salud, alegría del campo y del hombre;
 ¡salve! Serena, celeste, radiante mañana:
 ¡salve! La tierra, y el cielo magnífico: ¡salve!

"El Liberal" Julio 1909.

Revistas Cómicas

LIBROS NUEVOS

Llegó á mis manos un libro nuevo,
cuya poesía, que al alma toca,
profundamente me conmovió.
Gratos y antiguos gustos renuevo
saboreando *La vida loca*,
que ha escrito Carlos Fernández Shaw. (1)

La vida loca no es una vida
de regocijos y de locuras,
que en dulce copa brinda el amor;
es vida inquieta y enloquecida
por penas hondas, por amarguras,
que en triste cáliz brinda el dolor.

Pero, aunque males y penas cuente,
en ese libro da la poesía,
con sus encantos, compensación,
como arco iris resplandeciente,
que da entre lluvia de un triste día
consoladora grata emoción.

*

Felipe Pérez y González

(1) Léase «Schó».

"La Ilustración Financiera" - Mayo 1909.

- "La vida loca".

**

En este mes se ha registrado un gran acontecimiento literario; la publicación de un nuevo libro del excelso poeta Carlos Fernández Shaw.

Toda la crítica ha recibido con un largo clamor de elogios esta suntuosa colección de bellísimas poesías; todas las plumas se han movido á impulsos de una admiración grande, entusiasta, fervorosa.

Fernández Shaw, el gran poeta, nuestro Poeta, ha verti-

do en su nuevo libro, *La vida loca*, todos los efluvios de su alma buena, engalanados con los exquisitos primores de un arte supremo. *La vida loca* tiene para todos los gustos. Su insigne autor ha tocado todas las cuerdas de la lira, y de todas ellas ha sabido arrancar divinos sonos, que se adue-

una y otra vez, delante de nuestros amigos ¡Ancha Castilla! hemos llorado con la lectura de *Las violetas de Aucamville*, y nos ha estremecido de alegría,—somos también andaluces,—el *Canto á mi tierra*. Otros cantos á Andalucía escribieron gloriosos poetas; pero ninguno como éste, tan espontáneo, tan

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



EL EXIMIO POETA D. J. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW, AUTOR DEL LIBRO «LA VIDA LOCA».
(Una de las mejores producciones del malogrado caricaturista S. LENGÓ.)

an del alma del lector, inundándola de una dicha suprema.

Señalar cuáles son las mejores poesías del libro, es cosa muy difícil, si no se quiere pecar de injusto. No hay una siquiera que desdiga de las otras; todas son igualmente bellas, magníficas, soberbias. Sólo los caprichos del gusto pueden establecer alguna preferencia.

Nosotros nos hemos arrebatado de entusiasmo recitando

sincero, tan exuberante de todas las gracias. En esta ocasión el trovador y la dama están á la misma altura.

ILUSTRACIÓN FINANCIERA quiere tomar parte, siquiera sea de manera bien modesta, en el concierto de alabanzas en honor del egregio vate gaditano, que tiene hoy el cetro de la Poesía castellana, honrando nuestras planas con la publicación de una artística caricatura del poeta, lo mejor que en su género se ha dado á la estampa.

— "El Universo" — 10-7-99. —

Lecturas.

LA VIDA LOCA, de Carlos Fernández Shaw.

Llego tarde, querido Pepe, al concierto de alabanzas que ha provocado este nuevo libro de versos de Fernández Shaw. Pocos, muy pocos distingos y reparos le han puesto críticos y revisteros; los elogios han sido unánimes en cambio, y casi lo mismo el dictamen de que *La vida loca* es mejor que la *Poesía de la sierra*, que nos regaló el poeta hace próximamente un año.

No entraré yo en estas comparaciones, y no por juzgarlas odiosas, sino por difíciles, si han de ser con verdad. Hablando sinceramente, sin ánimo de enmendar á nadie la plana ni de singularizarme, *La vida loca* paréceme continuación de *Poesía de la sierra*, ó ambas un solo libro, de que cabe sacar, espigando ya en uno ya en el otro tomo, un ramo de poesías verdaderamente selectas; y rebuscando por dentro de las composiciones, selectas y no, otro ramo, aún más escogido y precioso, de estrofas acabadas é ideales, es decir, perfectas en el sentido propio de la palabra perfección.

Ocioso es repetir que Fernández Shaw es un poeta por todo extremo digno de tan envidiable y noble título, esto es, un artista de la palabra que, trabajando sobre esta materia como el escultor sobre el mármol, produce combinaciones de vocablos bellísimas en sí mismas, y todavía más por su mágica evocación de una belleza superior á la sensible; no sólo nos deleita y embelesa con la música de las estrofas, sino que nos saca y eleva de este bajo mundo, transportándonos á otro más luminoso y excelso, del que la prosa del monótono vivir cotidiano huye muy lejos, y en el que hasta los dolores y alegrías vulgares se transfiguran misteriosamente en algo alado, seductor é inefable. Y nadie ignora tampoco que Fernández Shaw es poeta lírico, es decir, de los que no reflejan imparcial y serenamente el mundo exterior, sino las ideas y emociones de su alma; sus versos son su autobiografía, en lo que toda autobiografía tiene de fundamental ó esencial, ó sea en lo más íntimo de la vida interior.

Aun en los cuadros de naturaleza pintados por el autor de *La vida loca*—género en que es maestro incomparable—no hay que ver la naturaleza tal como ella es, sino como se refleja en el espíritu del poeta, y no siempre, sino como se reflejó en tal momento de su vida, cuando le dominaban estas ó las otras impresiones.

Hay que tener todo esto en cuenta, porque si el conocimiento de todo poeta conviene para comprender bien su poesía, tratándose de poetas líricos—y tan líricos como Fernández Shaw—ese conocimiento es indispensable. Fernández Shaw pertenece á la generación que anda

este momento alrededor del medio siglo, la que despertó al estruendo de la revolución del 68, leía y declamaba con entusiasmo y algo de énfasis los versos rotundos y armoniosos de Zorrilla y Espronceda, y tenía por *modernistas* (entonces no se usaba este vocablo) á Núñez de Arce y Campoamor, y no se había fijado en el Arcipreste de Hita, ni habían llegado á su noticia los *parnasianos*—Leconte de Lisle y Heredia—ni otra porción de cosas que han venido después, como después de Felipe II se inventaron los pararrayos, y por eso aquel rey, aunque Prudente por antonomasia, no pudo poseerlos en El Escorial; esta generación tampoco oyó hablar en su niñez y mocedades del *superhomo*, pero tuvo, como todas, sus ilusiones: soñó con la gloria, escuchando *en sus locas fantasías* el repicar de campanas cantando sus triunfos del porvenir.

Campanas, campanas locas
de una ciudad ideal:
la de los triunfos soñados
que no logré conquistar.

Y hasta soñó en que por el Parnaso había un camino á la presidencia del Consejo de ministros—el camino que habían seguido algunos, verbigracia, Martínez de la Rosa y el duque de Rivas—. Vino luego la vida con sus amargos desengaños: no pareció la presidencia del Consejo por ninguna parte, y la gloria que tan fantásticamente bella parecía de lejos se redujo, al tocarla, en un montón de gacetas laudatorias.

Ante tal desastre, unos se acogieron al prosaísmo ambiente y fueron empleados públicos ó agentes de negocios, otros—los de más exquisito temperamento—se pusieron un poco neurasténicos, y se quejaron éstos en las tertulias de café, aquéllos en el rincón de su casa. Uno solo, artista de veras, señor de la rima, ha sabido expresar estos lamentos de todos y de cada uno en el excelso lenguaje de la poesía: tal es Fernández Shaw.

Para ti, querido Pepe, estos versos de Fernández Shaw no pueden tener el encanto que para nosotros, los que somos de su tiempo y, en cierto modo, de sus circunstancias, y más ó menos hemos seguido el camino por donde se llega á esta encantadora *neurastenia* llena de un dolor hondo, aunque no siempre bastante justificado en la realidad objetiva, que dirían los filósofos. Y yo me hago la ilusión de que el poeta, *monumentalizando* sus íntimos pesares, los echará fuera de sí, con lo que ganan á la vez nuestra literatura, enriquecida por tan magníficas estrofas, y el autor de ellas, que así ha de verse libre de tan incómodo huésped... el mismo demonio, que, según Gómez Baquero, es el que toma en estos tiempos la forma de neurastenia para atormentar á los pobres humanos.

Pero para ti, como para todos los que tengan oídos y corazón, ha de tener siempre la poesía de Fernández Shaw el hechizo de su armonía, de la opulencia de su inspiración, de la variedad y brillantez de sus períodos, de la difícilísima facilidad de su léxico, de la sin par hermosura de sus imágenes descriptivas. ¿No es soberana, por ejemplo, esta estrofa dedicada al Niágara:

«Saltan, corren tus aguas turbulentas,
y la voz fragerosa de tu empuje
tiene, como la furia con que alientas,
el sordo retemblar de las tormentas
y el ronco grito de la mar que ruge?»

Pues así hay muchas en *La vida loca*.
Conque, Pepe, á comprar el libro, á leerlo y á aprenderte de memoria lo mejor de él.

(?)
 que cuando hago versos que
 à todos sauman horror,
 resistiendo los de este
 se me quita el mal sabor!
 Si ve libro un tintero;
 la pena labor, la tumba,
 de que es bueno y tiene de oro
 el corazón y la pluma;
 es un libro excepcional,
 que merola en sus armonías,
 con noble arte teñidos,
 amarguras y alegrías.
 Solo esto, que alcanza fama,
 tantas belloras encierra
 talis hace poco y se llama...
 poesía de la tierra.

—
 Termino aquí y me lo cunto
 más. Perdóname, por favor,
 este granulado de un grano
 que ha escuchado a un ruiseñor.
 Pre' Rodao.

Algarra 27 Mayo - 1907.

Impresiones literarias

"La vida loca,, por Fernández Shaw

Otra vez el poeta se ha puesto al habla con nosotros. Bien venido sea su nuevo libro *La vida loca*, ya que sus versos nos proporcionan para solaz de nuestro espíritu, exquisita emoción y hacen batir las alas del ensueño.

¡Emoción! Esto es lo que principalmente producen los versos de Fernández Shaw. No diré que el autor de *La vida loca* no acierte a dar cuando lo pretende una honda sensación de tragedia, ni sepa conmovernos haciéndonos sentir impresiones de épica grandeza; basta la lectura de *Campo de batalla*, *La mina traidora* y del poema *Los ciclopes*, para convenecerse de que para un poeta tan privilegiadamente dotado como Fernández Shaw no hay empeño inconseguible.

Pero en estas líneas de impresión personal he de decir que gusto más de otras composiciones, de aquellos versos íntimos en que el poeta me descubre las reconditeces de su alma y me habla como á un hermano para hacerme partícipe de sus alegrías y de sus pesares. Acaso en este aspecto más recogido de su arte encuentre mi espíritu mayor afinidad con el suyo, y sea ésta la razón de mis preferencias; tal vez por esto me he visto obligado á leer repetidas veces *La clásica siesta*, *La copla lejana*, ¡Oh, sabrosos recuerdos! ¡Beati possidentes!, *La obsesión de las campanas* y otras composiciones de este bello libro.

Una de las notas de *La vida loca* es la gran variedad de sus composiciones. Fernández Shaw no entra en la categoría de los poetas sistemáticamente tristes, que hacen un culto del lamentar; ni pertenece á la clase de rimadores que miran siempre la vida al través de un prisma rosáceo; ni mucho menos pretende encaramarse sobre nosotros, queriendo, como algunos, hacernos sentir el peso de una equivocada grandeza. El autor de *La vida loca* se nos muestra en su último libro, doliente á veces, confortado y riante en ocasiones y sublime en algunos momentos; pero todos estos estados de ánimo expresados con absoluta y plausible sinceridad. Por esto, pocos libros habrá tan humanos como *La vida loca*.

De esta sinceridad, que es la característica de toda la labor de Fernández Shaw, nos dan buena prueba sus dos últimos libros de versos, *Poesías de la Sierra* y el que motiva estas líneas.

Cuando fué escrito el primero, el poeta hallábase enfermo y la angustia de su mal mostrábase en su obra; en todos momentos la traidora enfermedad aparecía ante él como trágico fantasma y eran sus horas constante pesadilla. Después, pasado el peligro y alejadas las terribles visiones, vuelve la tranquilidad, y únicamente el recuerdo de aquellas horas angustiosas es lo que de vez en cuando atormenta el espíritu del poeta.

El mismo nos lo dice al comienzo de su libro, cuando compara su vida á la de una tarde de lluvia y de sol, en una bella composición en la que leemos:

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

La tarde es de vientos volubles y locos;
la tarde es de vientos, de lluvia, de rayos.
De pronto, descargan sus lóbregos senos,
y llueven, y llueven, los densos nublados...
De pronto, los vence, con vivos fulgores,
el sol que sus velos apenas rasgaba,
con tales impulsos que, á veces, ¡partiendo
sus dardos las nubes!, parece que estallan...
.....
¡Qué duros contrastes! En pocos momentos,
el sol y la lluvia... ¡dolor y alegría!...,
la tarde doliente..., la tarde que ría...
¡Que tarde tan loca!
Parece mi vida.
Y estos versos nos dicen lo que es el libro:
un libro de esperanzas y desalientos, de ale-
grías y tristezas, de risas y llanto, de plácidos
ensueños y horribles pesadillas; un libro en
fin que es expresión de una vida, la vida del
autor de *La vida loca*.
Este contraste de sensaciones es lo que da á
la última obra de Fernández Shaw uno de sus
mayores encantos.
¿Quién puede pensar que la misma pluma
que escribe:
¡Ya es tiempo, Dios santo! ¡Las dudas acaban;
las ansias, las penas, las nubes, los vientos!
¡Ya es hora! ¡Que el alma descansa, Dios mío!
¡Ya es hora! ¡Que al cabo repose mi cuerpo!
es capaz de expresar una tan dulce sensación
de paz, como cuando dice:
Sueño, gozoso, que el sueño llega,
y es, á la postre, verdad mi sueño.
Mi sueño sigue...—¡La luz despliega
todo su hechizo!...—¡Sigue, risueño!...
Sueño que evoca grandes visiones;
sueño de dicha, de bienandanza;
.....
¡Y bajo el toldo verde-esperanza
guardan mi sueño las ilusiones!
ó puede dar esta fecunda impresión de amor,
contenida en el madrigal *A media voz*:
¡Qué hermosa estás! con nimbo de inocencia;
destacando tu cuerpo de Silla
sobre la vaga y dulce transparencia
de la tarde tranquila...
Mirame así, mi encanto.
Mirame así, y en la adorada calma
de estas horas de amor suena mi canto...
M rémonos: besémonos, en tanto,
¡con un beso de luz! ¡alma con alma!
¿Cabe mayor variedad en las composiciones
que forman el libro?
* *

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJML

Se ha dicho muchas veces que un escritor es tanto mas artista cuanto sabe mejor exteriorizar el paisaje. En este sentido pocos poetas en sus versos habrán sabido expresar tan fielmente el alma de la tierra castellana como lo hace Fernández Shaw en la composición *¡Ancha Castilla!* En pocos versos la noble región española aparece ante nosotros trazada de tan soberbia mano que se hace inconfundible.

Oigamos:

¡Oh, tierras llanas! Ante mis ojos
rizan los trigos sus densas olas,
que ya salpican, de puntos rojos,
como de sangre, las amapolas.
El cielo guarda vuestros graneros,
con vuestras gentes, nobles y sanas;
con vuestros campos graves y austeros,
¡oh, tierras llanas!

.....
La villa miro que el campo abraza
junto al arroyo, que apenas corre.
En el lindero de estrecha plaza
clara la iglesia su vieja torre.
Como á su amparo, casas medrosas
suben, á rastras, pobres pendientes...
En ellas viven, siempre afanosas,
las pobres gentes.

Y esta maestría en la descripción se observa igualmente en la composición *Canto á mi tierra*, beso de amor que el poeta da á Andalucía, «hija hermosa de una diosa caprichosa y del sol del Mediodía», y en la cual ensalza las ciudades y mujeres andaluzas.

Desde el punto de vista de la versificación sólo elogios merace el nuevo libro. Fernández Shaw posee como pocos el secreto de la rima y el cultivo de toda clase de metros es para él cosa sencilla. Y en todas sus composiciones los versos aparecen espontáneos, de una soltura y una naturalidad que nos dan la sensación de la «difícil facilidad» que solo se observa en los poetas de la talla de Zorrilla y en los grandes prosistas como acontece en Daudet.

Este es el nuevo libro de Fernández Shaw. Basta leerlo para convencerse de que en el desierto de nuestra poesía actual, *La vida loca* es un oasis que nos invita á hacer un alto. Háganlo los amantes de los buenos versos, y seguramente quedarán agradecidos al poeta que tan bellas páginas ha escrito.

AGEIRÓN.

RETABLO LITERARIO

"LA VIDA LOCA"

Era á principios del pasado Mayo. Discurría en amable charla por el paseo de la Castellana, recreándome en el tibio y sensual ambiente de una deliciosa tarde primaveral, cuando me llamó una voz cariñosa y amiga. Volvíme nerviosamente y al instante estreché entre mis brazos al poeta Carlos Fernández Shaw. Las palabras salieron á borbotones, cosa natural teniendo en cuenta el tiempo pasado sin habernos podido comunicar verbalmente.

—Hace tiempo que no bajo al centro de Madrid — me dijo. — La maldita neurastenia me lo impide. La Castellana, Recoletos y la Moncloa son mis sitios de esparcimiento. Pero el campo, el monte, es el mejor tónico para los que andamos descompuestos de sistema nervioso.

—Buen agente terapéutico es el campo. Me lo ha demostrado la experiencia, pero para que resulte eficaz su acción tónica hay que evitar el exceso de trabajo intelectual: el *surmenage*. Esto por lo que respecta á la parte física. En lo que concierne á la parte moral conviene también seguir un régimen: escapar de las necesidades y de las vulgaridades de los que, por desconocer la psicología de los hipersensibles, en vez de confortarles les desesperan empeñándose en hacerles creer que sus dolencias son imaginarias. ¡Felices ellos que desconocen esta parte del humano dolor! Pero procure no caer en manos de esos verdugos inconscientes. Hay que huirles.

—En la sierra he pasado cerca de un año y desde que regresé á la capital he escrito el libreto de la ópera «Margarita la tornera», dos libretos de zarzuela y este racimo de versos —, señalándome un fajo de pruebas del libro de poesías «La vida loca», que acaba de publicar.

—Me explico que haya recrudecido la neurastenia. Eso, señalándole las pruebas, ha neutralizado los efectos de la sierra.

—Ya sé que el producir á veces es un veneno, pero el que se acostumbra á él y lo convierte en algo inseparable de su vida espiritual, no puede dejarlo. Es como la morfina.

En este tono discurrimos largo rato. ¡Cualquiera convence á un poeta de no entregarse por completo á su noble misión! Y en verdad que por egoísmo no debiera uno esforzarse en convencerle porque de lograrlo se priva á la humanidad de un cantor, de una voz que la ennoblece por encima de las cominerías del bajo vivir.

«La vida loca»... Sugestivo título... Sí; la vida es loca y quizá la mayor de las locuras consiste en querer descifrar el misterio de su existencia. ¿Se amoldarán mejor á ella los que viven en loco? ¿Tendrán razón los que dicen que la mejor manera de vivirla consiste en no quererla violentar sacándola de sus cauces naturales? ¿No es una verdadera locura la lucha descomunal que sostienen en el mundo la vida material, con todos sus determinismos é impulsos que podríamos llamar subhumanos, y la vida intelectual y sentimental en su aspecto noblemente humano?